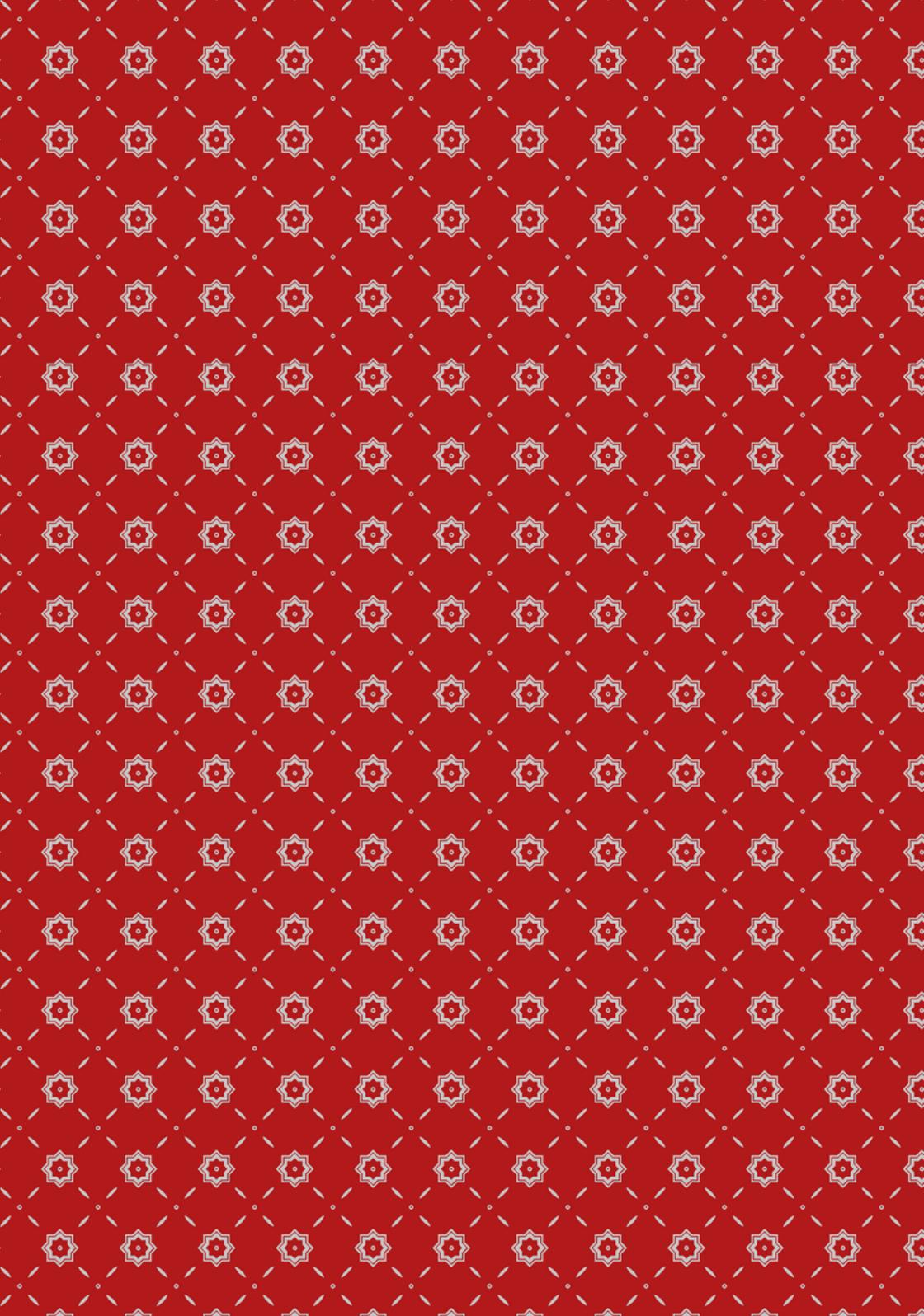
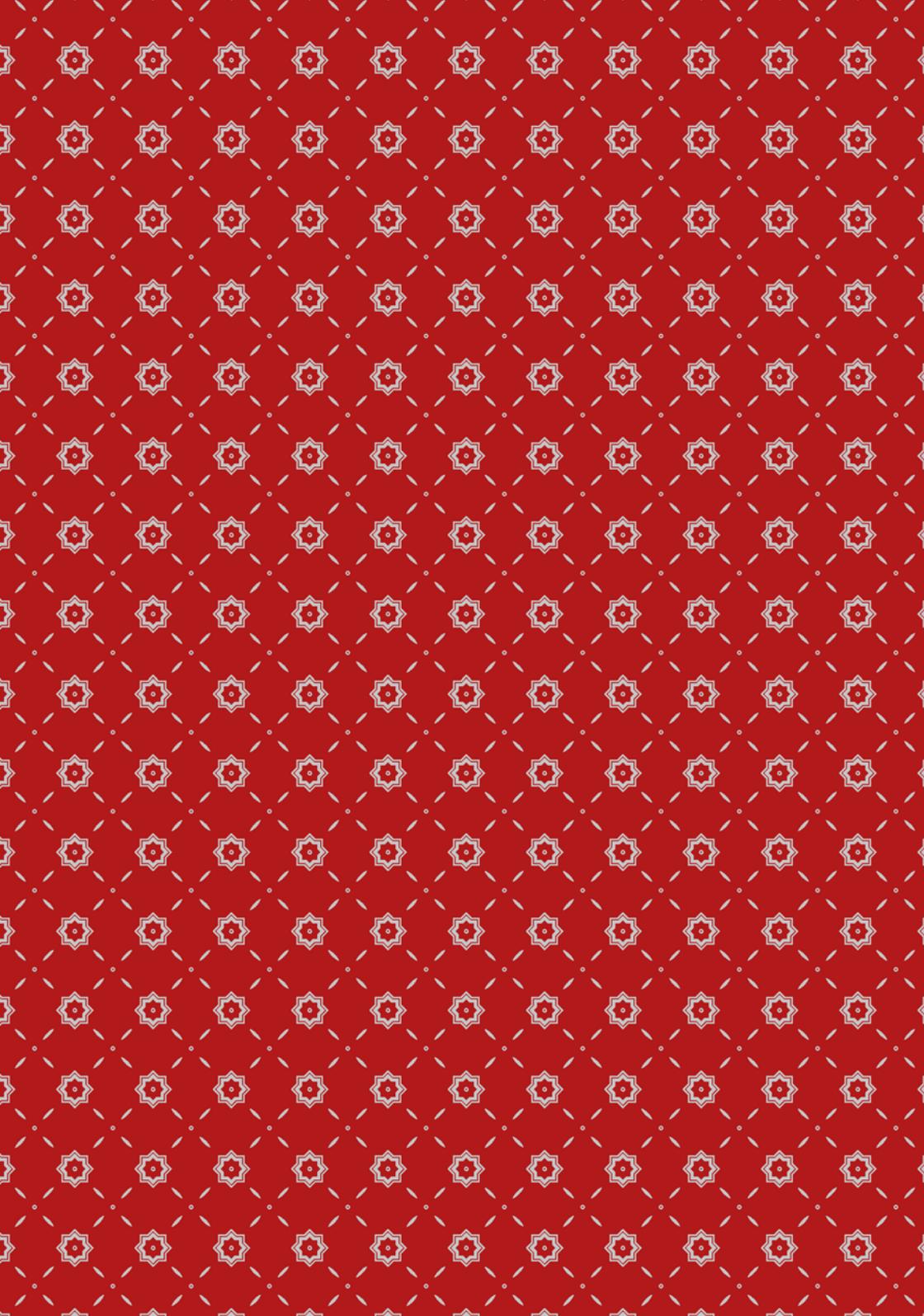


Algunos relatos

Javier Ramón





A Diana

Algunos relatos

Javier Ramón

Prólogo de José Ramón Betancort Mesa



CABILDO DE LANZAROTE



CULTURA LANZAROTE



EL ALMACÉN

@ de los textos: Javier Ramón
@ de la introducción: José Ramón Betancort Mesa
@ de la ilustración: Iván Vilella
@ de las fotografías: Gerson Díaz
@ de la edición: Cabildo de Lanzarote
Diseño: Víctor G. Moreno (Estudio Sombra)
Área de Cultura del Cabildo de Lanzarote
Depósito Legal: GC 1047-2016
Impresión: LUGAMI Artes Gráficas S.L. (La Coruña)

CONTENIDO

Prólogo	II
Como un gallo	21
Vida en Azul	39
La luz	51
Peyronie	55



JAVIER RAMÓN
EN EL CONTEXTO DE LA NARRATIVA
URBANA CONTEMPORÁNEA DE LANZAROTE

1. Introducción

A finales del siglo XX y primeras décadas del siglo XXI, dentro del panorama de las letras lanzaroteñas, aparecen algunos escritores locales que se caracterizan, entre otras consideraciones estilísticas, por abandonar la senda de lo que podría denominarse como el “Postregionalismo literario” y por acercarse a algunos de los postulados de la narrativa contemporánea última, en los que parecen sentirse más cómodos, frente a la recreación poetizada del territorio insular de la narrativa precedente. Entre ellos, podríamos citar a Miguel Hernández, Andrés Fajardo, José María de Páiz o Javier Ramón, entre otros.

No existe entre ellos una conexión generacional que los aliste, programáticamente hablando, a ninguna facción o grupo literario definido de antemano y que vaya más allá de la mera coincidencia estética de sus prosas en algunos proyectos comunes o por separado durante esos años. Sin embargo, en un intento de buscar un axioma cultural o literario que los una, diremos que vamos a denominar genéricamente a este nuevo momento de las letras locales como el asociado a la *Narrativa Urbana Contemporánea de Lanzarote*, habida cuenta de que uno de los fundamentos definitorios de estas voces literarias es precisamente la contextualización urbana de sus relatos y, al mismo tiempo, su vinculación con ciertos rasgos literarios de la renovación narrativa contemporánea de finales del siglo XX. Entre los citados representantes lanzaroteños más significativos de esta Narrativa Contemporánea Última centraremos nuestra atención en **Javier Ramón**.

Frente a los escritores postregionalistas y su mirada nostálgica, luminosa e idealizada de una Lanzarote de otro tiempo, pensemos en Félix Hormiga, Jaime Quesada, Lola Suárez o Manuel Villalba, por ejemplo, los narradores contemporáneos últimos se caracterizan por incorporar una prosa transgresora, dura y sin

adornos lingüísticos, aportando a las letras insulares un aire novedoso e iconoclasta. Sus textos nos hablan, de una manera sobria y concisa, de los golpes y de las miserias personales de antihéroes anónimos de nuestro tiempo, marcados por un pasado desarraigado y por un entorno urbano sórdido por el que deambulan o sobreviven a duras penas. Para ello, construyen historias breves y desgajadas, protagonizadas por individuos para los que no parece haber un mañana ni un mundo posible, sólo la nada y la desesperanza.

Salvando las distancias, podríamos aventurarnos a comparar el tono literario de muchas de las narraciones breves de estos escritores lanzaroteños con la estética del denominado “*realismo sucio norteamericano*” de finales del siglo XX y que tiene como sus mejores representantes a narradores como John Fante (1909-1983), Charles Bukowski (1920-1994), Raymond Carver (1938-1988), Richard Ford (1944) o Chuck Palahniuk. (1962), entre otros.

Asimismo, un repaso a la reciente Narrativa Contemporánea Española también nos deparará algunas concomitancias estilísticas de la prosa de Javier Ramón y José M^a de Páiz no sólo con los *escritores nacidos en los años sesenta* del siglo pasado, como Juan Bonilla (1966), Loca Beccaría (1963), Lucía Etxebarria (1966), Javier Cercas (1962) o Jesús Ferrero (1952), entre otros, sino también con los autores de la denominada y denostada “*Generación X*”, donde encontraríamos a José Ángel Mañas (1971), Ismael Grasa (1968), Pedro Maestre (1967), Ray Loriga (1967), Benjamín Prado (1961) o Roger Wolfe (1962), entre otros, tal y como propone el profesor Germán Gullón¹.

A grandes rasgos, podríamos decir que en unos y en otros encontramos una producción literaria con una clara vocación neorrealista y, en cierto modo, comprometida con testimoniar la rutina, la cotidianeidad y el vacío existencial de individuos cansados de su vida hueca o desestructurada, así como con comportamientos conflictivos y experiencias personales asociadas al oscuro mundo de las salidas nocturnas urbanas de personajes que desean sobrevivir o huir de las redes de la nueva sociedad aburguesada en el contexto de una España democrática y neoliberal.

Estos escritores comparten con los narradores lanzaroteños su predilección por el relato corto para narrar historias breves y sencillas que le suceden a personajes corrientes y anónimos, que vagan por entornos urbanos como ausentes, perdidos, desesperanzados, solitarios y enrabiados con una sociedad en la que no terminan nunca de encajar o de la que desean escapar. Son, en definitiva, individuos que arrastran una existencia compleja o rutinaria y contextualizada en un paisaje

1. GULLÓN, Germán (2005). En “Se despeja la incógnita de la Generación X”, en *Revista de libros*. Nº 103-104, Madrid, p. 56.

urbano vinculado muchas veces al submundo de los bajos fondos (alcohol, drogas, sexo, delincuencia...). La prosa de estos narradores se caracterizará también por su sobriedad, concisión y parquedad, sin apenas adjetivaciones, ni giros gramaticales o estructuras sintácticas complejas y con descripciones mínimas.

2. Características de la narrativa contemporánea última

a) La irrupción del antihéroe taciturno

Adelantábamos antes que una de las características más definitorias de los textos de estos narradores lanzaroteños son los personajes de sus relatos. Como norma general, las historias las protagonizan individuos solitarios, ausentes, desprejuiciados, contradictorios, conflictivos y abandonados a su suerte.

Apenas están dibujados o son descritos con pocos detalles. Se encuentran descontextualizados o descolocados en un entorno al que parece no pertenecer o encontrarse ajenos, siendo este rasgo altamente significativo que agudiza su situación de desamparo o desarraigo.

Deambulan entre los escombros de los naufragios o de los fracasos de sus vidas, marcadas por relaciones afectivas rotas, familias desestructuradas, mares de ausencias, soledades y contextos de violencia, sexo, delincuencia, conductas disruptivas o situaciones socio-personales complicadas, que los sitúan siempre al margen de la sociedad convencional.

Estos personajes nadan en las páginas de estas narraciones como desorientados o perdidos en sus rutinas diarias, en busca de un destino favorable que se resiste a llegar. Son personas errantes, desprejuiciadas e irresponsables y, en ocasiones, tristes, desvalidas, apagadas o desesperadas. Sus vidas y sus acciones no terminan de encajar en ninguna parte. Por lo general, son personajes corrientes e indefinidos que viven al borde de una existencia convencional, hasta que descarrilan o caen en una brecha de la que no pueden salir con facilidad, comenzando a dar tumbos o a tropezar de manera desafortunada.

No sólo están en conflicto por vivir en un entorno hostil, sino también con ellos mismos. Esto ocasiona que afloren en ellos distintos estados de ánimo o trastornos del comportamiento humano, así como el desarrollo de personalidades o conductas complejas que los arrastrarán a adversas y desoladoras situaciones personales.

Sin embargo, bajo la coraza de sus conductas conflictivas, sus duras experiencias vitales y los muchos sinsabores o golpes de su existencia, encontramos a unos personajes desarraigados, desasosegados, agotados, casi sin aspiraciones y hartos de ver cómo no se cumplen sus sueños. En la mayoría de los relatos son individuos que sólo se tienen a sí mismos, por lo que muchos de estos antihéroes acabarán autodestruyéndose o reduciendo su existencia a una nada en la que seguramente acabarán desapareciendo.

b) La fragmentariedad narrativa

Al leer los relatos de autores como Javier Ramón encontramos el deseo de reducir los elementos narratológicos a su mínima expresión. Apenas hay tramas, el tiempo narrativo suele discurrir de manera convencional y los personajes se encuentran mínimamente esbozados o desdibujados. A veces, ni sabemos cómo se llaman ni en qué ciudad viven. Pero, sobre todo, las narraciones de estos escritores se caracterizan por su brevedad. Los argumentos se reducen a historias sencillas y esquemáticas, donde apenas encontraremos descripciones, ni contextualizaciones que nos sitúen.

Estas historias de Javier Ramón se ubican en entornos urbanos neutros e indefinidos que pudieran ser de cualquier ciudad. Podríamos decir que el argumento deja de tener importancia y se convierte casi en una sucesión de fragmentos o anécdotas. Pareciera que lo realmente importante no es lo que se narra en sí mismo, sino el tratamiento dado al enfoque o a la manera de contar lo que se desea narrar.

Alfredo Díaz Gutiérrez, en el prólogo de la aventura narrativa titulada *Arrecife, ciudad de relatos*, en la que escriben algunos de estos narradores, nos habla de la existencia en los textos de estos escritores de una “realidad poliédrica y fragmentada”². Efectivamente, estas narraciones nos muestran una mirada caleidoscópica, parcial, desmenuzada y protagonizada por individuos con un deambular taciturno en un mundo adverso, en el que se sienten desplazados y que sólo los conduce a un océano existencial donde se acumulan frustraciones, conflictos, pérdidas e infelicidades.

En cualquier caso, esta materia literaria nos habla de historias menudas. Nos relatan momentos turbios de un pasado que apenas se nos desvela y que está asociado a episodios de violencia, de rabias y tensiones contenidas, de crudas escenas de sexo sin apenas erotismo, de abusos sexuales, de miedos y angustias personales, así como de aspiraciones frustradas, de familias rotas o de desengaños amorosos.

2. DIAZ GUTIÉRREZ, Alfredo (2001): “Prólogo” a *Arrecife, ciudad de relatos*, Arrecife: Ayuntamiento de Arrecife, p.5

c) El oscuro paisaje urbano

La geografía de lo literario de esta narrativa está básicamente polarizada en contextos desapacibles, oscuros y sórdidos de un desdibujado paisaje urbano que apenas se define. Javier Ramón nunca nombra los lugares en los que se contextualizan sus relatos. Se trata de un hecho poderosamente significativo.

Lo normal en sus relatos es la aparición de un telón de fondo urbano, a menudo relacionado con el ambiente nocturno de los bares y de los bajos fondos de las ciudades, donde las drogas, el alcohol, la violencia, el sexo y la prostitución son circunstancias o hechos cotidianos que rodean las tramas argumentales de los protagonistas. Quizás sea esta consideración otro de sus rasgos más definitorios y que lo separa, como antes indicábamos, de la visión idealizada o nostálgica de los escritores postregionalistas, al mostrarnos una realidad cruda o más real del mundo que nos rodea.

Este paisaje frío y deshumanizado que se describe someramente es un escenario opaco e impersonal. Hay una preocupación estética por mostrar al mundo real sin artificios ni edulcoraciones, tal y como es. Ahora bien, tampoco es intención de Javier Ramón buscar o crear efectismos sin más a través de una radiografía del tremendismo de los bajos fondos urbanos o ruborizar a nadie por recoger aspectos de la promiscuidad sexual o de la cultura del disfrute hedonista políticamente incorrecto en sus textos. Su vocación es abordar con naturalidad y sin anestesia el contexto real, tangible y cercano en el que transcurren las historias menudas que estos escritores desean ser narradas. Su intención es dar verosimilitud a lo narrado, reflejando lo que ocurre cada día en la calle y sin algodones de ningún tipo.

En cierto sentido, el entorno urbano de estos relatos no es sino el reflejo de la compleja existencia personal de los propios personajes. Es un espejo cruel que refleja la insatisfacción, la soledad, la angustia o la incomunicación, así como el egoísmo y los falsos valores sociales de una sociedad cada vez más vacía, deshumanizada y motivadora de los comportamientos rebeldes y desprejuiciados, junto a las conflictivas vidas de estos personajes que se mueven siempre a contracorriente por el mundo.

d) Una estética sin artificios

El lenguaje de estos relatos es sencillo, parco, conciso, directo y sin recursos lingüísticos. A través de él descubrimos una realidad cruda y real de la que hemos venido abordando. Estos escritores buscan testimoniar con naturalidad y sin

eufemismos el mundo descarnado, hostil y complejo de sus personajes. Esto, en determinadas situaciones, convierte la lectura de dichos relatos en un ejercicio duro y desgarrador, dado que se nos cuentan sin tapujos situaciones escabrosas y violentas, así como episodios desagradables, tensos y dolorosos de los personajes. Por ello, los protagonistas, en muchas ocasiones, parecen estar al borde del abismo emocional, presos en un mundo desapacible, llevando una existencia desarraigada o sorteando continuos golpes y tropezones e, incluso, buscándolos o alentándolos.

Formalmente se trata de narraciones escuetas con una clara tendencia a la sobriedad y la parquedad lingüísticas. Apenas hay descripciones, ni adjetivación en sus textos. Predominan las estructuras sintácticas cortas y sin muchas conjunciones ni adverbios. La estructuración argumental se resuelve sin grandes complejidades, al tratarse de historias casi sin tramas y sin adornos narratológicos, salvo algún que otro *feedback*.

En definitiva, lejos del proceso idealizador de los textos de los escritores precedentes, Javier Ramón nos presenta una estética literaria que busca mostrarnos un universo creativo marcado por el desencanto, a través de una mirada caleidoscópica y descarnada.

3. Notas para una biografía de Javier Ramón

A Javier Ramón le gusta decir que es natural de Lanzarote, aunque nació accidentalmente en Las Palmas de Gran Canaria. Tras finalizar el Bachillerato en Arrecife, a principio de la década de los ochenta del siglo pasado, se traslada a Tenerife donde cursará los estudios de Magisterio en la Universidad de La Laguna. Al titularse como maestro, decide probar suerte en la licenciatura de Psicología, pero finalmente decide no finalizarla. Regresa a Lanzarote en 1990, residencia que no abandonará hasta la actualidad. Aunque en Tenerife ya colaboraba en diferentes proyectos culturales, es en su isla donde inicia verdaderamente su trayectoria literaria. Así, en 1992, encontramos su relato “La luz” en la revista *Ultramar* que el Instituto de Secundaria César Manrique de Arrecife editaba en aquellos años. Con posterioridad, este texto volverá a ser rescatado por el escritor en el número 8 del mes de febrero de 2008 de la revista *Masscultura*.

En el año 2000 edita su primer libro de relatos con el título de *Nocturnidades*, recibiendo de su prologuista, Nazario de León, calificativos como el de ser un texto “duro” y “agrio” o presentar una “prosa directa, sin concesiones a la *belleza*”.

Al año siguiente, en 2001, colabora en la publicación de una selección de relatos, firmada por un grupo de jóvenes escritores locales, bajo el título de *Arrecife, ciudad de relatos*. Uno de los mejores textos de ese libro es, precisamente, un relato suyo que lleva por nombre “Vida en azul”, en el que Javier Ramón aborda una sobrecogedora historia sobre la violencia de género y el maltrato infantil. Este relato aparecerá también en su nuevo proyecto literario: *Al margen del final*.

Su libro *Al margen del final* verá la luz en 2004. Se trata de la mejor selección de relatos que el escritor haya publicado hasta la fecha. Su obra se vuelve más madura y sólida con textos más densos y angustiosos como “El sentir de los días” o “Como un gallo”, cuyas inconexas y desconcertantes historias contribuyen “a incrementar la sensación de vacío”, según destaca Alfredo Díaz Gutiérrez en el prólogo del citado libro.

Siempre atento a los derroteros de la vida cultural lanzaroteña, encontramos también a Javier Ramón colaborando con los organizadores de las primeras ediciones de la Bienal OFF del Museo Internacional de Arte Contemporáneo (MIAC). Así, aparece un relato suyo en la publicación “**Literatura a cachos**” de la Bienal OFF de 2004 y titulado “Peyronie”. En la edición de 2009 de la Bienal OFF vuelve a participar con otro texto en el fanzine “**Erótica Bienal OFF**”, con un relato titulado “Pantalla de fondo”. En ambos explora una dimensión erótico-co-jocosa marcada por situaciones delirantes y muy divertidas.

Fuera del ámbito de la narrativa contemporánea, en 2009, Javier Ramón se aventura también en la literatura infantil-juvenil con el libro *Cuentos de Arrecife*, en el que se incluyen los textos “Corazón de payaso” y “La cueva del Charco”. Esta publicación la realiza la editorial Anagrama en colaboración con el Ayuntamiento de Arrecife.

De manera paralela hay que mencionar también su experiencia en el campo de las artes audiovisuales, tal y como lo atestigua su participación como co-director y guionista de los cortometrajes “El Baño” (2005) y “El Pasillo” (2006), donde deja su impronta narrativa y su estética oscura, provocadora e inquietante.

José Ramón Betancort Mesa

Algunos relatos

Javier Ramón



*La vida es corta, el arte duradero, la crisis efímera,
la experiencia arriesgada y la decisión difícil.*

Hipócrates 460 - 377 a. de C. (aprox.)

COMO UN GALLO

No conseguía quitarme la sensación de angustia y culpa por lo que pude haber hecho y no hice. La cara de Dunia mirándome sin verme, inerte en el sillón contiguo al mío. La muerte se me había acercado demasiado, casi me rozó y me costaba vivir con eso.

Se me hacía difícil pasar por las calles en las que había paseado con ella, reconocer sitios en los que juntos disfrutamos. Me costaba vivir en el lugar en el que ella lo había hecho, ahora que ya no estaba. Temía a su familia que me culpaba del fatal suceso. No tomaba muy en serio sus amenazas pero desconfiaba de su particular sentido de la justicia y del honor.

Decidí alejarme de todo esto y huir en mi sino. Comprendí que debería regresar a mi casa, volver a mi antigua ciudad de la que también había huido hacía tiempo. Una ligera calima lo envolvía todo en una suave nebulosa, haciendo que el paisaje se mezclara con unos recuerdos tamizados por los años y a la vez sepultados en esa espesa capa de tierra que va dejando el tiempo. Nunca llegas a saber si las cosas fueron tal y como las recuerdas o si de tanto recordarlas has ido creando algo nuevo que tiene que ver, sólo ligeramente, con el origen del recuerdo.

Las calles, los parques, las playas, las gentes, todo parecía familiar pero muy alejado de mí. Tenía dificultad para reconocer determinados lugares, otros no llegaba siquiera a ello. Algunos seguían intactos, igual a como los recordaba, pero así y todo tenía ciertas dudas en mi memoria.

Llevaba horas paseando, observando cada sitio con inusitada expectación, alegrándome cuando encontraba algo que me incitara a recordar algún momento vivido allí intensamente, entristecido cuando alguna parte de esa ciudad la habían cambiado por otra y así anulado la posibilidad de rememorar momentos de mi vida que si ello no podría hacerlo por carecer de referentes.

Seguía paseando a la vez que observaba las caras de las personas que pasaban anónimas a mi lado, deseoso de un saludo o quizás alguna mirada que fuera el preludio de un posible reencuentro. Pero no, me perdía entre ellos sin lograr reconocer a nadie. Me sentía inquieto ante la tremenda sensación de soledad que me invadía. Todos ellos parecían pertenecer a alguna suerte de logia secreta de la que yo, por supuesto, estaba excluido.

Pasados algunos meses de mi regreso, comencé a buscar lugares más concretos, más cercanos y a los que me unían unos vínculos más fuertes e intensos. Inicié una peregrinación por bares, pubs y cafeterías que en su momento frecuenté. En algunos de ellos no me atreví a entrar puesto que se habían convertido en establecimientos destinados a otros menesteres muy diferentes a su dedicación original. En los que aún persistían como tales fui iniciándome lentamente ante el latente temor de una gran decepción. Llegaba, de manera discreta, me sentaba en una esquina de la barra, siempre cara a la puerta, en silencio, observando cualquier movimiento, cualquier cara, cualquier conversación. Trataba de reconocermme en ellos, de identificarme con lo que fui y lo que esos lugares representaban, una desmesurada vida llena de relaciones de todo tipo que sólo el tiempo mata.

Somos nuestro centro del mundo, los lugares y las personas existen sólo cuando estamos en contacto con ellos. Cuando nos vamos de un lugar, entonces éste deja de existir; cuando llegamos a otro nuevo, no ha existido hasta que arribamos y si partimos sigue existiendo sólo el recuerdo que de él tenemos; lo que conocimos, no lo que hoy es.

Por las mañanas me despertaba sudando y sobresaltado. Todas las noches solía soñar con mi gallo, un gallo sin nombre. Mi padre me había regalado varios pero nunca les puse nombre. Desde muy pequeño sabía que no podía en cariñarme con ellos, otorgarles un nombre propio era el primer paso para echarlos en falta luego. Eran gallos de pelea, gallos ingleses, no eran mascotas ni servían para jugar. Eran animales bellos, hechos y educados para la muerte.

No recuerdo si era un giro o un retinto, pero era diferente a los otros. Te miraba de forma distinta, sus ojos no eran fríos y cortantes, eran cálidos como los de un perro.

Me sentaba en el patio de mi casa. Un patio enorme lleno de liñas para tender la ropa y secar alguna jarea que nos regalaban, con un aljibe muy grande que cuando llovía se desbordaba y nos llenaba la casa de agua. Un patio muy grande donde mis amigos y yo nos pasábamos las mañanas enteras jugando a mil cosas diferentes sin repetir ni una.

Me colocaba con las piernas cruzadas y un trozo de pan con aceite y azúcar ante su jaula. Nos mirábamos largo rato los dos quietos. Era mío, me lo habían regalado para que yo fuera el padrino de su muerte, para que su sangre me enorgulleciera y su sufrimiento sirviera de conversación cualquier domingo por la tarde en algún bar. Lo sacaba de su jaula de madera, no se me resistía. Lo colocaba en la pequeña cesta hecha a su medida, con la cabeza y la cola por fuera, para llevarlo a algún sitio como me habían enseñado. Lo hacía con tranquilidad, sabía que no le iba a pasar nada puesto que no era domingo; por tanto, no era el día de la muerte.

Ni sus espuelas afiladas, ni su pico duro y rocoso me intimidaban, desde muy niño había convivido con ellos. Las peleas sí que no me gustaban, pero tampoco les hacía caso. Pasaba el rato distraído mirando cómo la gente de las primeras filas trataba de evitar con hojas de periódicos o pañuelos que la sangre surgida del pequeño círculo, donde los gallos luchaban por sobrevivir, les manchara sus ropas nuevas, puestas expresamente para la ocasión.

Me distraía con el vendedor de las barajas del sorteo que se realizaba en uno de los descansos y en las apuestas semiclandestinas que mi padre y sus amigos realizaban en forma de claves secretas para mí, sin airearlo demasiado pero tampoco sin ocultarlo lo suficiente.

Aquel domingo me levanté temprano. Estaba nervioso, presentía que algo desagradable me iba a suceder. Fui al patio y ahí estaba dentro de su cesta, su pequeña cesta de transporte, con la cola y las patas sobresaliendo llamativas. No pregunté nada a nadie, no hacía falta. Rápidamente me vestí y me senté al lado de mi gallo dispuesto a compartir con él la espera antes de saltar a la arena de los gladiadores. Pensando que su miedo sería el mismo que sentirían aquéllos horas antes de salir a matar para sobrevivir, ante la jaleante presencia de muchos ojos ávidos de sangre y sufrimiento. No tenía por qué ser distinto, la muerte no varía tanto de gallos a personas.

La gente iba entrando a oleadas, ahora lentamente, ahora de forma atropellada y ocupando sus asientos. Yo llevaba mucho rato en el mío, el de siempre, el que un día me dijeron que era para mí. Los comentarios subían de tono ante la inminencia del espectáculo que todos esperaban. Las primeras peleas sirvieron para darme cuenta de que mi indiferencia había desaparecido y no me distraía observando lo que antes me evadía. Los miraba con otros ojos, los de la comprensión y el resentimiento, los de la compasión y la cólera. Todos ellos ahora eran mi gallo.

Por fin saltó al círculo en manos de uno de los miembros de nuestra gallera. Tras los preparativos de rigor y después de la ceremonia de acercamientos para despertar, aún más si cabe, sus instintos depredadores, comenzó la pelea.

Había quien por los sonidos sabía lo que pasaba en medio de aquella algarabía de plumas, gritos y sangre. Por como sonaba intentaban adivinar lo que acontecía en cada momento. Si le había sacado un ojo, se oía un sonido hueco como el descorchar de una botella; si le había clavado la espuela en el cuello, sonaba seco y metálico, y así un sinfín de macabros matices eran capaces de distinguir tan avezados escuchas.

Yo no podía oír nada. Intentaba desesperado que sus ojos se cruzaran con los míos para que supiera que estaba allí, apoyándolo sin apoyarle, acompañándolo sin acompañarle.

Nuestras miradas al fin se cruzaron cuando, malherido y caído en el suelo, era destrozado por su oponente, un melado majestuoso y cruel como buen superviviente. La gente le abucheaba por su falta de valor no se levantaba para que pudiera machacarle a gusto. ¿Será posible semejante cobardía? No se presta a que lo maten de una forma espectacular. ¡Qué vergüenza!

El que manejaba la pelea mira al cuidador, el cuidador mira a mi padre que parece no inmutarse. El público grita: “¡Juyío, quítalo que está juyío!”.

Ahora mi gallo corre dando vueltas y rehuyendo la desigual pelea. El que maneja la riña vuelve a mirar al cuidador, el cuidador intenta ver alguna respuesta en los ojos de mi padre, pero yo no espero el veredicto.

—¡Sácalo y se acabó! —grito levantándome de mi silla. Todo el mundo calla. El cuidador me mira y vuelve a mirar a mi padre.

—No mires a mi padre que el gallo es mío, coño —vuelvo a gritar fuera de mí mientras suena una especie de carcajada general. No sé si mi padre le hizo algún gesto o simplemente me obedeció. La pelea se detuvo, sacaron a mi gallo herido gravemente, pero vivo.

Salí de allí envuelto por los comentarios a mi alrededor, no me importaba. Entré a verlo. Lo estaban curando, sus ojos me sonreían, yo le sonreía. Mi padre entró, no sonreía.

Nunca más he vuelto a asistir a ninguna pelea de gallos.

Lo tuve conmigo un tiempo, luego se lo regalé a un amigo de mi padre que me prometió ponerlo a castear en su granja. Quería que estuviese bien, sabía que no podía estar siempre conmigo, que su vida estaba allí. Nos separamos. En sus ojos vi tristeza pero no miedo. Tristeza por la separación y también alegría por la vida, por su vida.

¿Qué había sentido mi gallo cuando le clavaban espuelas, al serle arrancado un ojo y ser prácticamente despedazado ante una multitud jaleante que grita sin cesar? ¿Sentiría miedo o más dolor? Nunca pude leer la respuesta en sus ojos y por eso continuó preguntándomelo.

Seguían pasando las semanas y yo seguía reencontrándome con mi antigua ciudad, conmigo mismo. Me reencontraba con lugares, colores, sabores fácilmente reconocibles; con otros que no lo eran tanto y con unos últimos totalmente extraños que no existían en mi memoria. Unos evocaban momentos entrañables, los otros me hacían sentir la realidad tal como era, con mil caras, mentirosa y sincera, alegre y plañidera. Una realidad como cualquier otra, como todas.

No por simple azar, sino quizás por buscado, fui cerrando el círculo hasta aproximarme cada vez más a mis raíces, a lo más peligroso de mi vuelta, a mis amigos. Los fui encontrando a cuentagotas, cada uno que veía me acercaba a otros y así una cadena insalvable, estimulante y aterradora. Verlos convertidos en personas desconocidas, hacía que me viera reflejado en lo que yo me había transformado. Éramos personas totalmente alejadas unas de otras, unidas simplemente por recuerdos comunes pues de lo contrario, en otras circunstancias, nos habríamos ignorado mutuamente, así y todo, con algunos a pesar de esa historia común, lo hacíamos sin miramiento.

Una copa en un pub, un cortado en alguna cafetería, una cena en un restaurante, unas tapas en una tasca, una caña al mediodía, un partido en casa de alguien. Fui entrando de nuevo en esa maraña rebuscada de guiños, sobreentendidos, claves, silencios, bromas, puñaladas, alegrías, rencores, satisfacciones que es tener una vida social entretenida. Prefería tratarlos en grupo, de uno en uno todavía me asustaba. Todo llegaría en su momento.

Repasaba con interés el armario haciendo un somero inventario de mi escasa ropa, seleccionando la que podía ser utilizable y la que no. Un tipo de vida u otro implica muchas variantes y el vestuario es una muy importante. Lo repasaba buscando algo apropiado para una fiesta. Una gran fiesta a la que me habían invitado. Ésta marcaría fielmente, sin duda, la temperatura de mi regreso, encontraría todas las posturas allí, sin faltar ni una, todos los olvidos, todos los recuerdos. Tenía que estar a la altura y no decepcionar a los que estimulados por mi maltrecha leyenda, haría juicios aprovechando la primera oportunidad que se les brindase, como yo, he de reconocer, habría hecho.

Caras sonrientes, serias, enfrascadas en conversaciones empantanadas en lo absurdo; caras maquilladas, aburridas, exultantes; caras conocidas, transformadas e irreconocibles; caras anónimas. Cuerpos entrelazados por la música y el entusiasmo, ceñidos en trajes insinuantes y escasos, cuerpos conocidos y explorados, cuerpos ansiosos y jadeantes, cuerpos deseados y rechazados. Ojos escondidos, esquivos, brillantes, inquisidores; ojos vidriosos y transparentes, ojos escrutadores, lascivos, beligerantes. Manos de más y de menos, ausentes en los bolsillos, incómodas sosteniendo la copa y el cigarro, manos palpantes, aferradas, sudorosas: manos que se estrechan, que chocan, que mienten: manos afectuosas. Palabras inconexas, frases rutilantes cogidas al vuelo en mitad de otras, frases vacías, engañosas. Gestos asintiendo o negando sin saber qué, proposiciones honestas, deshonestas, comprometidas, escandalosas. Perversiones consentidas, desconocidas, rechazadas, ofrecidas y aceptadas. Paseos a escondidas, paseos para ser visto, paseos sin saber a dónde. Poses estudiadas, poses sin sentido, risas absurdas y provocadas. Objetos que pasan de unas manos a otras, valores que suben o bajan, estrépito por ser lo que eres o no eres, temor a estar en el lugar equivocado. Territorios marcados e invadidos, santuarios profanados y de todos sabido, secretos muy bien guardados, escotes excesivamente pronunciados, remordimientos, rencores, alegría artificial y verdadera, el cielo y el infierno, lo excesivo y lo recatado; aunque de esto último lo menos.

La fiesta estaba en su apogeo. Rodeado de gentes y sonidos, examinaba sin pudor cuantos cuerpos interesantes lograra divisar desde mi posición mientras mantenía una conversación con varias personas sin el más mínimo interés para ninguno de nosotros, por lo cual nadie hacía creer lo contrario. Conversaciones que se prodigan con mucha frecuencia y que terminan de la forma más imprevista. Lo que en cualquier otro lugar sería una falta de educación enorme, aquí se permite y se practica con total impunidad y consentimiento por parte de todos.

La caída de una asilla dejando ver la parte superior de un seno perfectamente torneado y marcado bajo una tela ligera, semitransparente, que permitía adivinar un pezón redondo, pequeño y duro, avivó mi memoria. Ascendí un poco en el enfoque de mi mirada hasta cuadrarla en el rostro al que pertenecía con la certeza de que no podía haber un escote igual, tenía que ser ella y no me equivoqué.

—Hola, Lucía...

—Rogelio, qué tiempo, sabía que habías vuelto...

Nos detuvimos. El beso era inevitable. Lo difícil era acertar la intensidad para no quedar mal, si es frío parece que te muestras indiferente ante el reencuentro, si es demasiado cálido salen enseguida a relucir tus intenciones y quedas desarmado. Es una cuestión compleja y difícilmente será juzgada con benevolencia.

Al besarla suavemente en las mejillas, dos veces, tenía que recordar que aquí la costumbre había variado de uno a dos besos, la sujeté suave pero firme de las manos para imprimir algo de intimidad al insulso acto del roce de las mejillas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Creo que siglos.

—Supongo que rehaciendo tus recuerdos.

—Más bien destruyéndolos.

—¿Cómo te va todo?

—Hasta ahora me iba bien, pero después de verte ya no me irá igual, seguro.

—¿Te acuerdas de Carlos? Es mi marido. Carlos, ¿recuerdas a Rogelio?

Un hombre alto y bastante elegante apareció en escena, en nuestra particular escena. Cambió rápidamente el decorado, los actores perdimos el guión y tuvimos que comenzar a improvisar otros diálogos.

—Más que conocerte, he oído hablar de ti.

—Espero que mal, mi reputación es algo que me costó mucho conseguir y confío en mantenerla.

—La reputación creo que es lo único que has mantenido, ya que todo lo demás lo has perdido totalmente. Lucía, te espero en la barra. Me alegro de haberte conocido... Rogelio ¿no? —se alejó consciente de una victoria relativa, no lo conocía pero había que reconocerle cierta brillantez.

—Un encanto tu nuevo marido, además de ingenioso. —Me tengo que ir, espero volver a verte pronto.

No me atreví a sujetarla de la mano. Nos miramos un instante y lentamente bajó la mirada. Al marcharse me mostró la espalda maravillosa, decorada con unos finos trozos de tela que la cruzaban como única vestimenta. Eso me hizo recordar cuántas veces jugaron mis manos y mis labios en aquella espalda perfecta y sensual sin ningún tipo de decoración, cuántas veces dormí agarrado a ella como única tabla de salvación. Cuando me marché hace años de esta ciudad, fue lo último que vi alejarse con prisas, ignorante de mi inminente marcha, sin girarse ni una sola vez para mirar lo que dejaba atrás.

Desasosegado me refugié en una copa y en un grupo de conocidos que acogieron mi presencia con cierto entusiasmo ante el notable aburrimiento que entre ellos reinaba. Yo era una novedad y tenían que aprovecharla. Charlamos animadamente entre mentiras, verdades a medias y sobreentendidos hasta que, por su propio peso, la conversación decayó. La novelería y la pretendida pose se fueron diluyendo para todos. Cada cual buscó alguna excusa para abandonar al grupo en busca de otras aventuras más atrayentes e incluso algunos, los más osados, lo hacían sin ningún tipo de disculpa.

El grupo fue reduciéndose paulatinamente hasta terminar una chica de traje rojo y yo como únicos miembros. Su cara me resultaba familiar pero ni recordaba quién era, ni por supuesto su nombre.

La mirada de Lucía la encontré varias veces perdidas sobre mí. Supongo que ella encontraría muchas más veces la mía prendida en su piel, pero no teníamos tiempo de hacer valoraciones.

La chica del traje rojo seguía hablando de algo a lo que yo le había perdido el rastro. Lucía se acercaba a nosotros. Una rápida y certera mirada me permitió comprobar que su brillante marido no se encontraba en nuestro radio de acción, por lo que presentí que su acercamiento sería breve y fugaz.

—Hola, Sara. ¡Qué traje tan bonito!

—Hola, Lucía, tú también estás estupenda.

—Rogelio, llámame por lo del trabajo. No te olvides. Bueno, que se diviertan.

Sobre mi mano depositó un trozo de papel que me apresuré a guardar en el bolsillo más seguro que tenía ante el posible riesgo de perderlo.

—¿Se conocen? —preguntó Sara, ya sabía su nombre, con ese sexto o séptimo sentido de caracteriza a las mujeres en el mundo de las relaciones personales. Son más rápidas e intuitivas que nosotros. Su percepción es más aguda y ágil que la nuestra y su lógica las engrandece; sin embargo, la nuestra es muy diferente. Tanto que nos convierte, algunas veces, en tan imbéciles que llegamos a creer no serlo.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, pero hace bastante que no nos veíamos, hasta hoy.

—Se nota que han sido muy amigos, quizás algo más.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo han sido simplemente y eso siempre se nota. Sobre todo, cuando alguno de los dos quiere que se note. Bueno, Rogelio, me voy. Ya nos veremos.

—Sara, me gustaría que te quedases para seguir hablando.

—A mí me hubiese encantado quedarme hace un rato. Ahora no.

El mundo gira en función del sexo, tu estatus social, tu dinero, tu importancia en tal o cual puesto, tu físico, tus propiedades, tu estilo de vida. Todo es una postura de salida en la carrera para conseguir con mayor o menor facilidad lo que todos anhelamos: el cuerpo, los cuerpos de otras personas.

Tu autoestima sube por las nubes cuando se logra triunfar en esa loca pugna de obtenciones pasajeras o duraderas. Tu desilusión y decaimiento también hacen

acto de presencia cuando los resultados son negativos. Son simples juegos que se concretan en encarnizadas luchas, posiciones de privilegio que no se quieren perder, sentimientos de posesión y de pasión que acarrear graves consecuencias. Todo a cambio de placer, no de un orgasmo o dos, no. El placer de poseer lo que otros desean, el placer de explorar intimidades distintas, el placer de almacenar recuerdos que luego pasado un tiempo o mucho tiempo te pueden ser útiles para tu supervivencia; cuando ya no puedas entrar en la competición de conseguir nuevos trofeos, sólo haciendo buen uso de esos recuerdos puedes tener un disfrute posterior, limitado pero placentero y estable.

Con Sara no continué más allá, podía haber intentado retenerla con alguna estúpida promesa de algo que seguro ella no iba a creer. Podía haber intentado cualquier cosa, pero el tiempo ha aumentado en mí el deseo por las mujeres a la vez que ha disminuido mi capacidad para intentar seducirlas, convencerlas o entrar en ese tipo de juegos. Las deseo simplemente pero no me apetece esforzarme en conocerlas, es cada vez un deseo más instintivo y menos social.

La fiesta iba languideciendo y con ella todo el estrépito y las ilusiones que cada uno había llevado consigo.

Éramos muchos los que ya sólo esperábamos un milagro que nos salvara la noche. Intentábamos la última escaramuza suicida, el último salto sin red aún a riesgo de un accidentado final.

Cada vez éramos menos los que continuábamos dentro del local; menos, pero más desesperados. Algunos, rendidos, se batían en discreta retirada pactada de antemano consigo mismo.

Sara se acercó sin que me hubiese dado cuenta, hasta ahí llegaba mi pérdida de reflejos. Me sujetó el vaso, que yo iba a apurar, con su elegante mano repleta de anillos y pulseras.

—He cambiado de opinión. ¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó mirándome de un modo enigmático.

—Algo tiene que haber cambiado para que te ofrezcas a llevarme.

—Vámonos y ya hablamos en el coche.

Salimos acompañados de muchas miradas, algunas de envidia, otras de alegría, siempre es bueno tener menos competidores; otras solamente en busca de información, al fin y al cabo, yo era casi nuevo para ellos. Un desconocido para muchos, un recuerdo para otros.

El trayecto en coche fue silencioso. No decidíamos quién debía empezar con las preguntas, esperábamos una señal, algo que diese pie a la entrada como los músicos, para iniciar toda una letanía de por qué y desde cuándo.

El coche seguía deslizándose entre calles mal iluminadas, sin que yo pusiese ningún interés al trayecto que estábamos siguiendo solamente alguna curva o brusco frenazo hacía que saliese, momentáneamente, de mi letargo para volver rápidamente a él de manera involuntaria, ya que mis pensamientos estaban muy lejos de aquel coche.

La cabeza se me iba pensando en otra mujer, en Dunia. Después de haber salido huyendo de esta ciudad, de Lucía y de mí mismo, la conocí. Dunia era una chica muy joven. Sin embargo, su madurez hacía imposible adivinar sus pocos años.

Ha sido la mujer que a primera vista más me ha impactado, como sólo impactan las mujeres que nunca llegas a conocer, pero con la diferencia, gran diferencia, de que a ésta sí que la conocí y por ella, paradojas de la vida, he vuelto.

Desde un primer momento, aunque a distancia, me quedé prendado de ella. No se me ocurría pensar que semejante mujer y tan joven se iba a interesar por mí.

Hacía tiempo que había llegado a esa nueva ciudad. Estaba despistado, sin conocer todavía las claves de funcionamiento interno que todo lugar posee. Coincidíamos muchos días en unas clases de baile de salón a las que acudía como refugio para ocultar mis deseos de conocer mujeres, de ocultar mis carencias afectivas y sexuales. Acudíamos como terapia para todo tipo de privaciones, aunque intentábamos envolverlas en un ansia de aprender ritmos nuevos para sorprender a alguien soñado en algún lugar imaginario. Todo un mundo de fantasía reflejado en un simple negocio terrenal.

Pronto me aburrí en esta actividad pero continuaba acudiendo con el único fin de verla, siempre de lejos, a distancia.

Un día se acercó a mí para tomarme como pareja de baile desoyendo las indicaciones del monitor que a menudo solía designarla como suya. Un bombeo incesante de sangre rejuvenecida palpitaba en mis sienes y un ligero balanceo en mis piernas me hizo sonrojar.

Ella se aferró a mí, nos miramos un instante y comenzamos a bailar. No recuerdo qué música nos acompañaba, no recuerdo siquiera si en verdad había música. Yo sólo la miraba mientras mi obsesión era que se me estaba notando el azoramiento, el nerviosismo y la erección e intentaba disimularlo todo al mismo tiempo.

Fue muy rápido. Del salón de baile a un restaurante, de ahí a la cama y a la semana convivíamos en mi pequeño apartamento, dichosos y alejados de cualquier estereotipo convencional de pareja. Ninguno conocía, ni quería conocer el mundo de su amante, ni sus amigos, ni su familia, los lugares que frecuentaba. Cada uno hacía su vida independiente. Por las noches nos encontrábamos y nos teníamos el uno al otro, sin ningún comentario de nuestra existencia fuera del apartamento. Aquí dentro nos pertenecíamos, fuera éramos unos completos desconocidos.

Por las mañanas era lo más intenso, el sentimiento del tiempo que se acaba, apurar el último instante, el inevitable adiós.

Todo era perfecto, pero todo lo perfecto tiene una corta fecha de caducidad.

Una noche me empuñé en salir. Ella no quería, pero salimos. Bebimos mucho, bailamos, nos reímos, jugamos a juegos olvidados. En el coche, de vuelta, ella se subió la falda para quitarse las medias, lenta, muy lenta, sensual, muy sensual. Mi deseo de contemplación fue más fuerte que mi capacidad de calcular el riesgo. Nos pasamos de carril y otro coche quizás conducido por alguien que tampoco controló su deseo de contemplación hizo diana en nosotros. Dunia se quedó allí, en su asiento junto al conductor, salpicada por una lluvia de cristales rotos, con las medias a mitad de pierna, el pelo recogido con un bolígrafo hallado junto al salpicadero y sus ojos inexpresivos mirándome fijamente. Sólo un diminuto hilillo de sangre que le salía del oído dejaba entrever lo que había sucedido.

En el hospital y custodiado por la policía. Algunos miembros de su familia no me dejaron verla por última vez. Era la primera vez que caía en la cuenta de que ella también podía tener familia, vociferaban e intentaban agredirme. Yo me encontraba ausente, como un mero espectador abrumado por la trama, tratando de encajar los hechos que me sobrepasaban, pero sin mucho éxito.

Uno de ellos, quizás su familiar más osado o el más necesitado de notoriedad en el clan, logró acercarse lo suficiente como para dejarme patente, mediante un juramento, la voluntad familiar de vengar su muerte con la mía. Todavía la espero y ha habido momentos en que a pesar de no crearme del todo esas amenazas, he lamentado que no lo hubiesen hecho.

Sara detuvo bruscamente y, bruscamente, se detuvo la cascada de recuerdos en mi interior.

—Aquí vivo. ¿Subimos? —preguntó sin mirarme mientras quitaba las llaves del contacto e introducía algunas cosas sueltas en su bolso.

—Muy bien. Espero que tengas algo de beber —dije haciendo un verdadero esfuerzo para alejar los pensamientos que me enturbiaban.

—Tengo todo lo que puedas desear ahí dentro.

—Suenan bien.

La casa era pequeña, muy ordenada, con paredes de diversos colores combinados con buen gusto. Dos sofás blancos muy grandes con respecto al resto del mobiliario invitaban a recostarse plácidamente. No tenía muchos aparatos electrónicos en el salón y sí abundantes libros y cuadros; lo que siempre inspira cierta confianza, aunque sólo sean meros elementos de decoración. Desde el sofá podías ver todas las estancias con sólo proponértelo. Enfrente se veía una pequeña cocina perfectamente recogida y ordenada como se le supone a una mujer que vive sola. A la derecha, un baño, no muy grande pero perfectamente avituallado y a la izquierda sólo se podía entrever un dormitorio presidido por una enorme cama esperanzadora, iluminado con una tenue luz que sugería, más que prometía, un final feliz.

Los prolegómenos en estas situaciones suelen ser bastante farragosos. Siempre hay dudas sobre quién debe dar el primer paso, iniciar el acercamiento, aún a riesgo de perder el envite y, sobre todo, acertar con el momento más adecuado para lograr tus intereses.

Ella parecía no tener ningún tipo de dudas. Se acercó a mí con las copas. Las colocó en cada una de mis manos, dejándolas así inutilizadas para cualquier otro menester. Me besó levemente, un ligero roce casi imperceptible en los labios y en el cuello, mientras con sus manos, hábilmente, me desabrochaba el pantalón, que cayó rendido al suelo. Súbitamente se agachó, liberó mi miembro de su opresión y, con una agilidad casi felina, lo introdujo en su boca sin que yo opusiese la menor resistencia ante semejante alarde de ferocidad contenida.

Nuestro escarceos duraron hasta que nuestros cuerpos estuvieron saciados y hartos del cuerpo del otro.

—Me he acostado contigo porque era algo que tenía que haber hecho hace años, cuando nos conocimos. Son cosas que vas dejando ir hasta que se enquistan y luego hay que aprovechar la menor oportunidad que se te presente para deshacerte de ellas, alejarlas de ti y así poder liberarte.

Sara hablaba sin rencor, tranquilamente mientras se incorporaba para encender un cigarro.

—Visto así parece que acabas de sufrir la extirpación de un tumor maligno y desde luego no me pareció que lo estuvieses pasando tan mala hace un momento.

—Rogelio, no me entiendes. Me enamoré de ti hace años, pero tú nunca te

fijaste en mí. No sabías siquiera que existía. Me insinué varias veces pero de nada me valió. Tú eras, en aquella época, un tío importante, el centro de atención. No te fijabas en la presencia de las personas que estaban a tu alrededor sin llegar al nivel que tú y tus amigos tenían o creían tener. Estabas prendido a mí y no conseguía olvidarte, te tenía idealizado, eras un importante asunto a resolver. Ahora ya estoy liberada, no hay nada como un polvo para dejar de desear viejos fantasmas.

—Supongo que lo de viejos fantasmas no será con doble intención.

—Ja, ja... No, hombre. No te ofendas. Te digo esto con mucho cariño y sin ánimo de hacerte daño. Era algo que formaba parte de mí y lo seguirá siendo, pero ya sin anhelos, sin pensar que tengo que solventar algo en mi vida, puesto que hoy lo he hecho.

Se inclinó hacia mí y me besó en la nuca tiernamente, con afecto, pero sin asomo de deseo. Supe, a ciencia cierta, en ese momento que este encuentro amoroso entre Sara y yo no volvería a repetirse, pues cuando una mujer te besa como a un amigo, no serás para ella más que eso, nunca su amante.

Todo el siguiente día estuve pensando en Sara. Basta con que pierdas algo, aunque no supieras que existía hasta ese momento, para que el interés hacia ello aumente de forma exorbitante. Una simple operación de presencias y ausencias a las que nadie escapa impune.

Por la tarde encontré en mis bolsillos el papel que contenía el número de teléfono de Lucía. Dudé, tuve miedo, pero al final me atrevía a llamarla.

Tras un frío comienzo, una estúpida y circunstancial charla fue el preludeo de una cita dos días después en una cafetería del centro de la ciudad.

Los días se me hacían largos esperando ansiosamente la cita con Lucía. No era capaz de concentrarme en nada. Estaba perdido, aterrado. Imaginarla de nuevo cerca de mí, simplemente conversando, me hacía palpar todos los recuerdos. Volvían a regresar a mi cabeza los fantasmas que creía olvidados.

Por las noches, me costaba dormir. Inquieto me despertaba con frecuencia sobresaltado con un mismo sueño, volvía a soñar con mi gallo. Seguía sin recordar si era un giro o un retinto. Soñaba con sus ojos cálidos como los de un perro, con su mirada, con su brillante plumaje, con su cruel derrota a manos de un melado majestuoso, con lo que sentiría al ser destrozado ante un público enfervorecido y sediento de sangre.

Estaba el cielo de un color raro, calimoso, desapacible, poco habitual en aquella época del año. Los nervios me inundaban y no era por la cita con ella. Era una angustia extraña, sin causa aparente, sin cara ni forma, difícil de dejar a un lado u olvidarla.

El momento llegaba y, como siempre, acudí a la cafetería donde habíamos quedado un poco antes de la hora concertada. La puntualidad casi siempre excesiva ha sido una de mis constantes manías menos llevaderas. Odio esperar, pero suelo llegar con bastante tiempo de antelación a las citas. De esta forma, la espera está garantizada cuanto menos hasta la hora prefijada, la mayoría de las veces bastante más. Esto incide en mi posterior estado de ánimo, al producirse el encuentro con la persona que espero. Una manía compleja y de muy poca utilidad.

Me senté en una mesa al fondo desde donde podía ver perfectamente todo el local y la puerta de acceso. Pedí una copa y aguardé a que ella hiciera acto de presencia. Confiaba que el alcohol calmara mis ansias, mis nervios y mis miedos.

La espera comenzaba a hacerse interminable hasta que la cristalera del bar se iluminó con su imagen. Siempre elegante, de muy buen ver, siempre haciendo girar cabezas a su paso. Llegó hasta la mesa, nos besamos comedidamente y se sentó.

La conversación iba dando giros desde cosas intrascendentes a algunas más personales, hasta derivar en nosotros. ¿Qué había sido de nuestras vidas, de mí, de ella?

Mi mano intentó sujetar la suya pero la retiró aún antes de conseguir acercarme lo suficiente. Nuestros ojos se buscaban y se apartaban como en el juego del escondite. Nuestro cuerpos hacían ademán de acercarse, pero una recia mesa de madera nos lo impedía, solamente las palabras, esquivas, parecían mantenernos unidos.

—Rogelio. ¿Por qué?

—Sabía que me lo ibas a preguntar. Lo sabía y me he intentado preparar para darte una respuesta que te sirviera de algo. Ahora que llega el momento me resulta absurda, vacía y te parecerá sólo una excusa estúpida como me lo parece a mí.

—¿Sabes cuántos años llevo preguntándome el porqué? Cuántos años llevo esperando una carta, una llamada que me explicase algo, que acabara con la incertidumbre que tú mismo me creaste. Cuántos años llevo viendo tu cara por cualquier lado. No, no lo sabes, no tienes ni puta idea.

—A nadie le ha sido fácil, ni a mí, ni por supuesto tampoco a ti. Me fui por miedo, por miedo a lo que me había convertido. Por miedo a cómo se me había vuelto la vida, por miedo a un compromiso que tenía la certeza de que te iba a

decepcionar. Miedo, sobre todo, a reconocer ante ti y ante todo el mundo que estaba totalmente enganchado, que la cocaína me dominaba por completo y sin ella no era nada ni, por supuesto, nadie. Como no podía huir de mí mismo, decidí huir del entorno que me rodeaba. Siempre es más cómodo salpicar de culpas a todo lo que está a tu alrededor que asumir que el único culpable eres tú. Es más cómodo y más cobarde desde luego, pero esconder la cabeza y salir huyendo fue lo que me pareció más acertado.

Suponía que separado de ese ambiente el enganche iría a menos y dejarlo a un lado sería más fácil. Me alejé pensando en regresar pronto, libre de todo mal, renacido y erigido en mi propio salvador. La soledad, la desilusión y la distancia lo que consiguieron fue hundirme más y más. Cada vez estaba más cogido hasta que toqué fondo.

¿Cómo iba a volver y presentarme aquí de nuevo, derrotado, hecho una piltrafa, patético, implorando ayuda? Era un círculo y una cosa lleva a la otra. Cuanto más me hundía, menos podía volver y más me metía para poder soportar la desolación que me corroía por no poder hacerlo, así durante mucho tiempo. Al final o sales o te mueres, o las dos cosas a la vez. Yo pude salir, aunque no del todo vivo.

Por fin nos cogimos de la mano, sus ojos entristecidos me sonreían. Hablamos y hablamos durante mucho, muchísimo rato. Nos habíamos olvidado de lo que teníamos alrededor, del mundo en general, de todo.

—Rogelio, ¿Te acuerdas de mí? —una voz destruyó nuestro improvisado oasis. Era una voz seca, áspera, sin timbre. La cara de la que emanaba dicha voz me era familiar, pero no lograba encasillarla en ningún lugar concreto, no encontraba referencias.

—Perdona, pero ahora mismo no caigo... —intuía algo, tenía un mal presagio.

—¿De él seguro que sí te acuerdas? —ahora mi mirada se encaminó hacia su acompañante. Un escalofrío de pánico me recorrió la espalda y durante unos segundos perdí la capacidad del habla. El ritmo cardíaco se me alteró súbitamente, pero así y todo intenté mantener, a duras penas, la calma.

—Sí, lo recuerdo. —acerté a decir, sorprendiéndome a mí mismo de poder articular alguna palabra.

—¿Sabes a lo que venimos? —preguntó el hermano de Dunia mientras se cerraba la cremallera de la chaqueta.

—Lo supongo. Ella no pinta nada en esto, así que déjenla ir —se miraron entre ellos y, después de un momento de titubeo, asintieron con la cabeza. Por fin habían venido a cumplir sus antiguas amenazas, precisamente ahora que yo intentaba saldar también viejas deudas. Cualquiera momento hubiese sido malo, pero éste era, con mucho, el más inapropiado.

Lucía me miró atemorizada. Como pude, intentando aparentar cierta serenidad, le dije que saliera y se fuera a su casa sin darse la vuelta. Procuré sonreír, pero dudo que lo consiguiera. Ella me apretó la mano, cogió el bolso y se marchó asustada, pero manteniendo el garbo y su innata elegancia.

Los tres que quedamos permanecimos estáticos, como esperando el pitido inicial que indique el comienzo de un partido o algo similar. Ellos me miraban fijamente, pretendiendo anticiparse a una hipotética reacción mía. Yo los miraba fijamente, esperando, en vano, que ocurriese un milagro. No sé cuánto tiempo permanecimos igual, intenté incorporarme y ésa fue la señal que estábamos esperando. Dos cuchillos salieron de los bolsillos de sus chaquetas, dos cuchillos brillantes, bellos, para introducirse en mi cuerpo. Uno, luego otro, más tarde los dos al unísono. No hubo gritos, ni ruido, sangre sí, mucha. No sentí dolor propiamente. Sólo un intenso frío invadía mi cuerpo, mientras me preguntaba si eso mismo habría sentido mi gallo cuando lo despedazaban en el pequeño círculo ante un público ávido de sangre. Recordaba sus ojos clavados en los míos como yo ahora los clavo en los del camarero que atónito me contempla. El gallo tuvo la suerte de tenerme a su lado para salvarlo. Yo sabía que a mí nadie podía hacerlo.

No fue siquiera una muerte singular ni reseñable, fue una muerte normal, repetida como cualquier otra, una simple vida que concluye. Al fin y al cabo, todo es efímero. Nada permanece el tiempo necesario como para complacernos plenamente y comenzamos a echarlo de menos desde el instante en que desaparece de nuestras vidas. Todo es fugaz, hay que disfrutar en el momento lo que tienes, porque mañana no sabes si lo tienes, pero seguramente pasado mañana lo vas a echar en falta. Nuestra vida es breve y temporal, nuestra más que discutible gloria es momentánea, nuestros sentimientos son pasajeros, nuestros momentos de felicidad y de desgracia también lo son. Hasta la muerte, la tan llevada y traída muerte. Ésta también es efímera

¡Hay que joderse!



Cuando odiamos a alguien, lo que odiamos es algo que también está en nosotros. Lo que no es parte de nosotros mismos no nos molesta.

Herman Hesse 1877-1962

VIDA EN AZUL

El calor pegajoso del verano siempre le había impedido conciliar profundamente el sueño. No encontraba un espacio en la sábana que fuera fresco, protector; todo el que hallaba estaba saturado de refriegas y esforzados sudores.

Intentaba encontrar una postura que no hubiese probado con anterioridad. Cuando creía tener una lo bastante cómoda y ensoñadora para dejarse llevar, abandonándose a los designios de su alma, notaba que ésta dejaba de parecer acogedora y vuelta a empezar.

Una respiración rítmica y cadenciosa le acompañaba, le hacía sentirse segura. Sabía que no estaba a solas con sus viejos recuerdos y eso la tranquilizaba.

Ahora estaba quieta, muy quieta. Los músculos de su cuerpo se relajaban lentamente, de pronto y sin que ninguna orden emanara de su cerebro volvía a crisparlos. Siempre le había sucedido, desde pequeña, inconscientemente lo convertía en un juego, pero esa noche no le satisfacía lo más mínimo. Sabía que con sólo estirar una pierna, un brazo, podía tocar a aquel cuerpo que yacía junto a ella. Sabía que un golpe fingido de tos haría que aquel ser tomara vida y se moviera alejándose o acercándose según el azar o la profundidad de su sueño.

A duras penas se sentó, acomodando su almohada en la cabecera de la cama. Logró situarse en una posición semitumbada, bastante incómoda pero muy característica de ella, con la cabeza ladeada y el cuerpo mitad dentro, mitad fuera de la cama; a punto de despeñarse hacia la profundidad de su alfombra naranja y azul donde reposaban unas medias negras, unos zapatos de tacón de aguja y unas escuetas bragas de encaje color visón, usadas con menor frecuencia de la que descaba. Eran los despojos que se habían salvado del ímpetu, un poco nostálgico, de los escarceos lujuriosos de la noche anterior.

Todo se le venía a la cabeza y sentía como una parte de su vida se le volvía a echar encima, tornaba a revivirla. No le hacía ascos pero temía salir dañada del embate. Esa semana había sido especialmente dura. La muerte de su madre, aunque esperada debido a su maltrecho estado de salud, le produjo una brecha mayor de

la que ella esperaba. Su presencia se dejaba sentir por cualquier lugar y su ausencia le parecía insalvable. Era consciente de que era una primera sensación y el tiempo lo arregla casi todo, no todo; hay ciertas cosas que el tiempo destroza irremediamente.

Hacia pocos días había tenido que entrar en casa de su madre. Quiso ir sola, sus amigos y su novio intentaron en vano acompañarla, pero ella había decidido que con sus fantasmas tenía que enfrentarse sin tapujos ni armaduras que amortiguaran los golpes.

Envuelta en lágrimas buscó entre las cosas de la casa que ahora parecían más de su madre que nunca. Estaban impregnadas de su olor, de su tono de voz, de su risa, de su vida. Nunca antes se había dado tanta cuenta de su presencia.

Las cosas tienen vida propia, tienen su destino que puede estar unido o separado del nuestro. Creemos que nos pertenecen, pero no es cierto. Las poseemos, pero no somos los dueños. Las compramos, pero no son nuestras. Cuando alguien muere, sus cosas no mueren. Esos objetos que ahora no le sirven para nada, tienen su vida marcada y tan solo somos un paso, una circunstancia más para ellos que van a seguir allí o en otro lugar.

Se atrevió a hurgar en su gaveta, la que tenía siempre cerrada y le molestaba que alguien osara abrirla aunque fuera por mera equivocación. Sabía que podía encontrar algo que le cambiara sus recuerdos, sabía que podía encontrar algo que le cambiara la vida. Lo sabía y se atrevió, lo sabía y lo encontró.

Varias veces leyó aquel viejo papel amarillento con los bordes rotos y carcomidos por el paso de tantos años. Ya no lloraba. Sus lágrimas se habían secado y dejaban paso a una sensación ambigua de dolor y hastío que la embargaba.

Con el folio aún en las manos, se dirigió a su antigua habitación, abrió la puerta y le pareció que el tiempo no había transcurrido desde su infancia. Algunas muñecas descansaban sobre una repisa junto a antiguos libros de texto forrados con papel adhesivo y una foto de varias niñas vestidas de uniforme. También quedaba en la pared un póster rancio al lado de un mural de animales que ella misma había hecho.

Se sentó acurrucada en el hueco que había entre su cama y el armario. El hueco que la acompañó durante muchas noches cuando era niña, ahora se le quedaba pequeño. No lloraba, estaba sudorosa. Con un poco de esfuerzo logró acomodarse en el suelo, apoyó la cabeza en la pared y se permitió recordar su vida. Un trozo de ella que tenía encallado por algún sitio.

Recordaba el escalofrío que sentía cuando, acostada en su cama y dormida

plácidamente, la despertaba el sonido de la llave de su padre al entrar en la cerradura. Era un chirrido mínimo pero suficiente para que sus sentidos se pusieran en alerta. Se aferraba a las sábanas, fuertemente, con el corazón sobrecogido y la angustia atenazándola.

Intentaba esconderse debajo de la almohada, quería no oír, no estar allí en ese momento. Sabía que no podía hacerlo, así que aguzaba el oído e iba siguiendo, por los ruidos, el trayecto de su padre en la casa.

Primero iría al baño, aunque era muy tarde no se preocupaba del sueño de los demás. Los ruidos de grifos, tapas de inodoro y cisternas se entremezclaban con sus chapoteos en el lavabo. Pasaría luego por la cocina, su cena siempre estaba preparada. Ahora oiría a su madre que se había levantado a calentársela. Ni una voz, sólo ruidos; ahora el plato, ahora la puerta del horno, un argumento mudo, sin palabras. Éstas vendrían más tarde, al principio murmullos, luego él levantaría la voz y por último la súplica de ella.

—¡Por favor! Los niños están durmiendo.

Sí, los niños. Tenían un hermano mayor, dos años le llevaba, pero no contaba. Le había pedido ayuda, él no salía de su mundo y parecía que nada le afectaba. Ella sabía que también lloraba y sufría a solas en su habitación, pero nunca, nunca se habría atrevido a enfrentarse a su padre, le tenía miedo. Todos le tenían miedo, todos menos ella. Ella no le temía, tenía odio en su pequeño corazón y eso con nueve años no es nada fácil de conseguir, lo había logrado a base de proponérselo. Lo había conseguido, ya no lo quería ni le tenía miedo. Sus únicos sentimientos hacia él eran de resentimiento, de rabia y de rencor.

En su cama, tapada hasta el cuello para sentirse más protegida, continuaba siguiendo el itinerario sonoro que sus padres repetían casi todas las noches.

Después de la cocina sabía que vendría lo peor, irían al dormitorio. Allí su padre gritaría y oiría a su madre llorar. Los golpes vendrían luego, unos golpes sordos, que le llegaban tamizados por varias paredes y por años de hábito. A su madre ya no volvería a oírla, sólo a él. Más tarde escucharía sus jadeos, por último sus ronquidos y de nuevo el llanto casi imperceptible de su madre.

Hacía tiempo que ya no la acompañaba en el llanto. Antes lloraba y lloraba hasta que el sueño la vencía, pero ya no. Ahora se levantaba de la cama, se colocaba en un hueco entre ésta y el armario, en cuclillas apoyando la cabeza contra la pared e iba repitiendo una especie de mantra u oración.

—“Papá, muérete, muérete o te mataré yo”.

Tenía que decirlo cien veces antes de volver a la cama, en eso era muy escrupulosa, cien veces, ni una más ni una menos.

Unas niñas en el colegio le habían contado que si escribía un deseo una vez al día en una libreta de su color favorito y dormía con ella siempre debajo de la almohada, al cabo de un tiempo se le concedería.

Desde unas semanas antes, ya no sólo repetía su mantra particular cien veces, sino que además todos los días lo escribía una vez en un bonito cuaderno con tapas azules que había encontrado entre las cosas viejas del desván. Un deseo al día, nunca más de uno le habían dicho. Ella siempre escribía el mismo.

—“Papá, muérete, muérete o te mataré yo”.

Aquel verano había vuelto a hablar con su hermano. Le preguntó si él escuchaba por las noches los ruidos de la casa, si se había dado cuenta de las marcas y moretones que su madre lucía un día sí y otro también, si notaba como ella no salía de casa cuando las señales eran más evidentes. Le pidió ayuda para luchar juntos contra él. Sabía con tan pocos años que su madre no iba a hacer nada por ella misma. Su hermano la abrazó en silencio y así permanecieron durante mucho tiempo, tanto que ella empezó a preocuparse. Se retiró y al mirarlo a la cara le descubrió un rictus de rendición.

—Julia, claro que lo oigo... pero tengo miedo.

—Tenemos que salvar a mamá.

—Nosotros no podemos hacer nada por ella, ni por nosotros.

—Sí, sí podemos.

—No, Julia. Yo no puedo enfrentarme, tiemblo cuando llega a casa.

Se volvió para abrazar a su hermana, le dio un beso y se alejó despacio. Se alejó para siempre. Ésta sería la última vez que recordaba haber abrazado y besado a su hermano. La última vez hasta que en el hospital hace un año, con el cuerpo y el alma destrozados por la heroína, le pidió que lo abrazara de nuevo poco antes de morir.

Su hermano no sería capaz, pero ella estaba segura de que por sí sola lo conseguiría. Continuaba recitando su mantra todas las noches cien veces y ya tenía llenas varias páginas de su cuaderno azul. Había que ser constante y no desfallecer.

Los días de aquel verano transcurrían con una inalterable repetición: miedo, palizas, lloros, odios, apariencias. Vidas derretidas para siempre y lo que era peor, una banal e insustancial rutina.

Julia había aprendido que era la única capaz de defender a su madre y lo iba a poner en práctica.

Un día su padre se presentó a almorzar en casa, cosa poco usual en él. Al entrar, el ambiente se transformó, se volvió espeso. La angustia se reflejaba en las caras de todos, en los gestos. Las cabezas bajas, pegadas al plato de sopa y las miradas no se atrevían a desviarse de su objetivo, los fideos.

—¡Coño, qué mierda de sopa, está fría! —gritó repentinamente, dejando a los otros comensales helados.

—Ya me levanto y te la caliento.

Su madre, presta, iba a levantarse cuando, de repente, Julia, aunque aterrorizada, se atrevió. Oyó sus palabras como si las de otra persona fueran, como si ella no hubiera tenido nada que ver con la articulación de aquella frase.

—¡Qué se la caliente él si quiere!

—¡Julia, cállate! —fue lo que logró decir su madre con la cara lívida y la voz temblorosa.

—¿A ti que te pasa, machanga? —rojo de furia miró a su hija, no daba crédito a sus oídos. Hizo un gesto de levantarle la mano para golpearla.

—¿Me vas a pegar también a mí, como a mamá?

Julia se irguió de un salto y se puso al lado de su padre desafiante, era más baja de pie que él sentado, pero eso no la acobardó. Esperaba el golpe, éste no llegó. Él volcó el plato de sopa sobre la mesa, se levantó tirando la silla al suelo con gran estrépito e iba a salir de la habitación cuando un grito, que no olvidaría, le agujereó el cerebro.

— ¡Ya no eres mi padre! Como le sigas pegando a mamá, vas a morirte o te mataré yo.

Se detuvo el tiempo un instante. Él miró a su hija, se acercó lentamente a ella, la madre corrió a ponerse en medio, suplicante, y el hermano huyó despavorido a refugiarse en su dormitorio. Las miradas de padre e hija se mantuvieron un momento. Ella valiente la sostuvo, él, estupefacto ante tanta osadía, la bajó. Dio media vuelta y salió de la casa no sin antes tirar contra el suelo un pequeño transistor que, desgraciadamente, encontró a su paso.

La madre se apresuró a recoger los trozos del suelo, mientras su hija se quedaba quieta observándola. Seguía recogiendo los pequeños pedazos que se esparcían por toda la estancia sin parar. Julia esperó y esperó hasta que comprendió que a su madre le daba vergüenza mirarla a la cara. Entonces con un nudo en la garganta pero sin derramar ni una lágrima se fue a su habitación. Estaba decepcionada y, sin embargo, esto le daba más fuerzas para seguir protegiéndola.

Aquella noche su madre entró en su alcoba cuando ella ya estaba acostada. Le habló de su padre, le contó que no siempre fue igual, las malas amistades y el alcohol lo habían cambiado. Julia no quiso creerle, ella con tan pocos años aún no lo sabía, pero intuía que el mal no es lo que entra en el hombre, sino lo que del hombre sale.

Fue la primera vez que madre e hija lo hablaron y lo lloraron juntas. Ahora sabía que su madre era débil y le confirmó que tendría que arreglárselas sola. Nadie le iba a prestar ninguna ayuda.

Su padre no volvió aquella noche, ni la siguiente. Ella confiaba que su deseo se hubiera hecho realidad. La casa era otra. La alegría habitaba en ella, hasta su hermano parecía haberse contagiado de aquella luminosidad reinante que lo invadía todo. Pero no, su deseo no se había hecho realidad.

A la tercera noche volvió y todo siguió como antes, el baño, la cocina, el dormitorio volvieron a ser escenarios de la patética procesión nocturna de sus padres.

Ensimismada en esos pensamientos, se levantó del suelo. Los recuerdos la estaban empezando a asfixiar, se acercó a la ventana y la abrió de par en par, necesitaba aire. Siguió abriendo cajones y deambulando por la casa vacía de la madre: su cuarto de baño, con una preciosa cenefa color cielo; su tocador, repleto de cremas y viejas fotografías; su cocina, siempre impecablemente limpia. Su terraza, una sonrisa cómplice se le perfiló en el semblante. Su madre tuvo la única terraza con plantas de plástico que ella conocía, con sus macetas bien alineadas por tamaños o por colores, sin insectos que tanto asco le daban y a los que decía tener alergia.

Pensó llamar a su novio para que viniera a buscarla, pero después de meditarlo un momento desistió y continuó inspeccionando la casa.

La habitación de su hermano siempre fue un misterio, tal vez porque se reflejaba lo que él había significado para ella. Un verdadero enigma que nunca fue capaz de descifrar. Tuvieron unas mismas raíces pero los frutos salieron tan distintos que parecían de diferentes especies. De pequeños compartieron pocos momentos de complicidad. Muy pequeños, tal vez, luego, ya no los hubo.

Él era frágil, delicado, poco amable consigo mismo y fuera de su mundo no encontraba nada que le interesara. Al irse de casa, estuvieron años sin saber nada de él. Un día apareció para despedirse. Había vuelto a sus orígenes, seguramente guiado por el mismo instinto de esos salmones que remontan los ríos para ir a morir al lugar en el que nacieron. Le parecía un extraño, siempre le pareció un ser ajeno a ella. Alguna vez se acuerda de él y repite su nombre en voz alta para poder darle algún sentido a sus recuerdos, para poder ubicarlo en algún sitio de su memoria y sentir que fue real, que existió.

Su habitación estaba igual, con sus cuadros inacabados colgados de la pared, con su cama cubierta por un mosquitero que le trajo un amigo de un viaje a un país remoto y exótico en el que debía haber muchos mosquitos, con aquella alfombra hecha de retales que se había fabricado durante su última cura de desintoxicación. Nunca se habían conocido y era la primera vez que se lo reprochaba.

Recordaba aquella vez que él y ella, siendo aún muy niños, construyeron una pequeña caseta en el patio, una caseta hecha de cartones, maderas y lona. Dentro se resguardaban del sol y se quedaban quietos mirando por las rendijas hacia fuera y esperando que sucediera cualquier cosa, sin saber qué. Ese día era especialmente igual a los demás pero algo iba a romper la rutina. Un grito los volvió a la realidad, ella lo cogió de la mano y tiró de él, ambos salieron de la caseta y entraron corriendo en la casa. Su madre estaba en el suelo y su padre la golpeaba, sin saña, lo hacía como una obligación, con cierta apatía, con desgana incluso. Al entrar ellos en escena, ésta se detuvo. Su madre les miró aterrada, su padre les miró molesto por interrumpirlo con su presencia y ellos se quedaron paralizados en el quicio de la puerta durante un inmenso instante. El tiempo pareció congelarse, pero Julia rompió el hechizo lanzándose a por un tenedor que sobresalía en el locero para, con él, defender a su madre. Con el arma en la mano se precipitó hacia su objetivo pero un certero manotazo la apartó. No le dolió el golpe, le dolió su amor propio. No podía enfrentarse a él físicamente.

—Deja a la niña, por favor.

—No me dolió, cobarde. Cuando sea grande te mataré.

—¡Jodida chinija, te voy a enseñar...!

Julia volvió a enarbolar el tenedor y con fiereza se lo clavó en su propio muslo.

Todos se quedaron horrorizados. Todos menos ella que con una mueca de rabia, mientras sangraba, era capaz de reír históricamente para ahuyentar el dolor y de gritar con voz entrecortada.

—“Le diré al médico y a todo el mundo que esto me lo has hecho tú”

La madre corrió a por ella mientras el padre salió a trompicones de la habitación. Su hermano, lívido, se escondió detrás del aparador de la cocina y no logran sacarlo de allí hasta después de varias horas.

Con el muslo vendado y la pierna bastante dolorida, Julia se recluyó en su habitación con la libreta de tapas azules, a la que solamente le faltaban un par de hojas para estar llena. Comenzaba a flaquear, iba a terminar el cuaderno y su deseo no se cumplía.

Su madre hablaba con ella e intentaba simular una falsa normalidad, consciente de que el abismo ya se había abierto. Seguía confiando en que todo volvería a ser como antes.

— Él no es malo, antes no se comportaba así. Seguro que reflexiona y vuelve a ser el que fue, cuando jugaba contigo y salíamos todos a pasear juntos.

— Espero que sea así, mamá. Tengo ganas de que todo vuelva a ser como dices.

Intentaba creerle, pero Julia no recordaba haber jugado nunca con él, ni haber salido los cuatro de paseo. Julia no recordaba casi nada de lo que su madre le contaba, pero su intuición, cada vez menos infantil, le decía que las cosas no funcionaban así, y lo que ocurre una vez puede que no ocurra más, pero lo que ocurre dos veces seguirá ocurriendo otras.

Su vida transcurría por los mismos derroteros. Todas las noches repetía cien veces, ni una más ni una menos su mantra y el cuaderno hacía tiempo que ya se le había acabado. Ya no creía en ello pero lo repetía por inercia, como ese acto de santiguarse que algunas personas hacen ante cualquier cosa que le parezca con cierta categoría de santidad, convertido en un simple acto de reflejo aprendido y automatizado.

Una mañana no encontró su libreta de tapas azules. La buscó por toda su habitación, la revolvió por entero pero ésta no apareció. Sobresaltada fue al dormitorio de su hermano pero éste no tenía ni idea de lo que estaba preguntándole. Su madre no había visto ninguna libreta azul, ni de ningún otro color.

Durante algunos días estuvo inquieta. Su cuaderno era como su diario, sólo que más simple y monótono. No quería que nadie lo leyera. Era suyo.

Esa noche no pudo dormir. Lo recordaba perfectamente. El extravío de su libreta y el calor pegajoso que hacía ese verano la desvelaban. Muy temprano oyó el timbre de la casa, a su madre que abría la puerta y unas voces masculinas que

hablaban lentamente. Esa profusión de voces y ruidos nuevos le extrañaron. Con mucho sigilo se levantó de su cama, abrió la puerta y se dirigió al salón que era el lugar de donde procedían tantos sonidos novedosos.

Su madre estaba sentada en el sofá llorando. Una mujer le pasaba el brazo por los hombros afectuosamente, mientras dos hombres en pie con algunos papeles en las manos, le hablaban dejando amplias pausas entre una frase y otra. Estuvo escuchando un rato hasta que despacio y sin hacer ruido se fue acercando a ellos poco a poco.

Su madre, que seguía llorando desconsoladamente, al verla hizo ademán de que se acercara. Julia corrió solícita y ambas al abrazarse consiguieron que toda la concurrencia guardara un silencio sepulcral, roto únicamente por algunos sollozos. Uno de los hombres le acarició la cabeza, mientras el otro comenzó a repetir sin cesar frases de consuelo y resignación.

A duras penas logró entender que su padre había muerto. Lo consiguió pero no podía expresar alegría, tan pequeña y ya con la lección de la hipocresía muy bien aprendida. Seguía abrazada a su madre. Ahora, también su hermano se abrazaba a ellas y lloraba por inercia, por intentar estar a la altura que de él se esperaba. Julia no lloró, ponía cara de aflicción y recogimiento. Daba la imagen de ser una niña muy fuerte, pero ella era una niña muy feliz.

La semana siguiente al entierro la gente venía a casa y todo eran muestras de condolencia, comentarios sobre la vida y la muerte. Tenía que estar muchas horas seria, acompañada de las visitas, con la vista fija y su cabeza entretenida contando cuantas flores había en el papel pintado que forraba las paredes de las principales habitaciones de la casa. Esa semana aprendió todo lo que le hacía falta para sobrellevar, con cierto éxito, su futura vida social de adulta.

Tuvieron que pasar muchos años hasta que en una fiesta un tío suyo, auxiliado por el alcohol, decidió que había que romper el tabú familiar y le habló de la muerte de su padre, del suicidio de su padre. Le aclaró sólo eso, pues dejó varios interrogantes en el aire que nadie mejor que su madre le podía explicar.

—“Debes conocer toda la vieja historia, poner en orden tus recuerdos y entrar en ciertos lugares a los que todavía no has accedido”.

Se apresuró a volver a casa y allí su madre, un poco reticente al principio, le contó la historia, la que quiso contarle. Del resto, tendría que enterarse por sus propios medios.

A su padre lo habían encontrado muerto de madrugada, sentado en un banco de un parque, con una pistola en la mano y un tiro en la cabeza. No dejó ninguna nota, ningún mensaje para nadie. Así, en frío, se había suicidado sin dar explicaciones.

La policía había investigado el caso pero no insistieron mucho en el tema. No les gusta hurgar en los trapos sucios de los suyos. Son muy corporativos y siempre barren para casa. La causa se la achacaron a una depresión producida por el estrés de su trabajo y probablemente un mal momento que estaba atravesando. Todos dieron carpetazo al asunto y la familia también. Lo que está hecho, está hecho y no hay vuelta atrás.

Hasta aquella tarde Julia tenía ciertas lagunas y dificultad para enhebrar unos hechos con los otros. Durante años, después de enterarse de la causa de la muerte de su padre, no consiguió tejer un hilo argumental donde todo le encajara, había algunos cabos sueltos que no comprendía y nadie iba a aclarárselos. Ya sabía lo que tenía que saber y no le hacía falta saber nada más; éste parecía ser el lema familiar y de los viejos amigos de sus padres. No conviene desenterrar cosas que están mejores donde están.

Esa tarde, en casa de su madre, a solas con aquel viejo papel amarillento con los bordes rotos y carcomidos por el paso de los años, con varios membretes oficiales y con la firma de un juez, le había servido para desentrañar todo el enigma. Allí en un lenguaje exquisitamente distante y frío le exponía toda la verdad largamente ocultada y censurada.

Contaba con toda clase de detalles técnicos cómo se había producido el fatal desenlace. La causa de su muerte había sido el impacto de bala con orificio de entrada junto a la sien derecha y orificio de salida por el hueso parietal izquierdo. Un sinfín de explicaciones de cómo se encontraba el cuerpo, restos de pólvora en su mano demostraba que él había sido el autor del disparo y como curiosidad comentaba que en la otra mano sujetaba con fuerza un pequeño cuaderno de tapas azules en el que, escrito con letra supuestamente infantil, se repetía una sola frase en todas sus hojas.

—“Papá muérete, muérete o te mataré yo”.

Tuvo que hacer una parada al llegar a ese punto, cerró los ojos y respiró varias veces profundamente antes de volver a sumergirse en la lectura.

Objetos personales del fallecido que han sido devueltos a la familia:

Reloj de pulsera
Cartera con carnet de identidad
Varias fotografías

Carnet de conducir
Llavero cromado con seis llaves
Pequeño cuaderno con tapas azules
Dos mil trescientas ochenta pesetas
Pluma estilográfica con baño de plata

El cuaderno azul no apareció nunca más. Su madre lo había ocultado o destruido y al morir ella se llevó su secreto consigo. No lo habló con ella, ni tampoco sabía si lo había hecho con alguien, seguramente no. Sentía el desasosiego de pensar qué habría sentido su madre al verlo, qué habría pensado el juez y qué comentarios habría deparado en el cuerpo de policía donde todos conocían a la familia, qué habrían pensado de todos ellos, de ella.

Se levantó. Recorrió lentamente todas las estancias de la casa una vez más. En cada una de ellas volvió a ver a su madre, a su hermano y a su padre. Al fin y al cabo era lo único que de ello le quedaba, más que de ellos, de una parte de su vida que compartió con ellos. Lo guardó todo en su sitio, repasó las gavetas y estantes, cerró la puerta y caminando regresó a su casa. No quiso llamar a nadie para que fuesen a buscarla.

No sabía cuánto tiempo llevaba sumida en sus recuerdos. Aquella posición comenzaba a molestarle. Tenía las piernas rígidas, le dolía la espalda y el cuello se le había quedado anquilosado. Puso un pie en la alfombra naranja y azul, luego el otro. Con los dedos jugueteó un poco con sus medias antes de levantarse sin hacer ruido. Descalza y desnuda se acercó a la ventana, era muy temprano y las primeras luces del día dejaban ver el mar y una pequeña barca faenando como si de una postal publicitaria se tratase.

Se aproximó para tocar el cuerpo tibio que yacía en la cama, lo besó tiernamente en la espalda con cuidado para no despertarlo. Se detuvo ante el espejo para mirar su imagen suavizada por la tenue luz de esa hora de la mañana. Fue hacia el armario, lo abrió con mucho sigilo y de su gaveta privada, no le gustaba que nadie hurgara en ella, sacó una caja de madera repujada que había comprado en un mercadillo hacía unos meses. De dentro de ella, con mimo, extrajo un pequeño cuaderno con tapas azules. Lo abrió despacio, sus hojas eran aún de un blanco virginal. No se había escrito nada en ellas. Cogió también una vieja y heredada pluma estilográfica bañada en plata y comenzó a escribir. Debía hacerlo una sola vez al día, nunca más de una.

—“Quiero tener un hijo pero que sea más dichoso de lo que yo fui”

Recordó que también tenía que repetirlo cien veces cada noche, ni una más ni una menos, había que ser muy escrupulosa en eso.



LA LUZ

La peluca le oprimía la cabeza, de manera que lo primero que hizo al parar fue quitársela y tirarla con alivio al asiento trasero. Se miró en el retrovisor. Estaba patético con los restos de pintura mezclados por toda la cara como señales de la dura batalla que libró con la noche. Las pestañas plateadas habían desaparecido sin dejar el más mínimo rastro.

Se entretenía tamborileando con sus dedos sobre el salpicadero, realizando un sonido sordo pero agradable. Intentaba, distraídamente, seguir el ritmo de la música que escuchaba en la radio.

Era un reflejo mecanizado producido al oír alguna canción de su agrado. Sus dedos buscaban entonces cualquier tipo de objeto que fuese capaz de emitir sonidos al ser golpeado con mayor o menor fortuna, dependiendo de su grado de inspiración.

Se detuvo un momento al darse cuenta de que sus gafas de sol estaban sucias, las observó un instante antes de echarle su húmedo y maloliente aliento de alcohol y tabaco a uno de los cristales y frotarlo a continuación con la tela de su camiseta. Volvió a mirarlo comprobando que estaba limpio, luego repitió la acción con el otro cristal, al terminar verificó, satisfecho, lo bien que habían quedado.

Con las gafas aún en la mano levantó la vista y su mirada se cruzó con la de una mujer que bajaba el cristal lentamente a unos metros de él. Ella le sonrió. Él, aunque tardó en reaccionar, le sonrió también aprovechando para colocarse las gafas con un movimiento estudiado ante el espejo muchas veces y que siempre había deseado poder hacer.

Volvió a intentar seguir el ritmo de la música con sus dedos pero no lo conseguía, no podía concentrarse. Furtivamente miraba a la mujer. También ella, furtivamente, lo miraba, era el juego del gato y el ratón.

En una de esas veces, ella mantuvo la mirada y muy despacio se quitó las gafas oscuras que la ocultaban. Tenía unos ojos verdes preciosos. Era guapa e iba impecable a esas horas de la mañana, todavía era capaz de mantener su disfraz y sus pinturas con la misma dignidad que cuando salió de casa. Volvieron a sonreírse.

Pedro simulaba estar manejando el dial de su aparato de radio, pero el atrevimiento de ella lo desconcertó, dejándolo sin otro recurso que la huida. Nunca había sido un hombre atrevido en sus relaciones con las mujeres, era incapaz de cualquier insinuación por más leve e insignificante que fuera. Ella mantenía la mirada fija en él aunque ahora no sonreía. La cara seria pero no enojada, le confería un aire ausente, ensimismada en su mundo particular, pensando dios sabe qué.

Oculto detrás de sus gafas, le resultaba más fácil el enfrentamiento. Se aventuró a mirarla de nuevo. La mujer al verlo retornar a ella se sintió reforzada. Cogió su bolso, lo abrió y durante un momento apartó la mirada para buscar algo en su interior. Tras unos segundos, extrajo una barra de labios, de las que vienen en un estuche en forma de diminuto baúl con espejo incorporado en la tapa. El carmín era de un rojo intenso, un color que hacía algunos años estuvo de moda pero ya no se usaba.

Volvió a mirarlo. Esta vez de manera misteriosa y malévola antes de pintarse con esmero su labio superior trazando cuidadosamente la hendidura de debajo de la nariz y más tarde el inferior. Cuando lo hubo terminado juntó los dos presionando entre ellos e introduciéndolos ligeramente en la boca, para luego soltarlos explosivamente en una acción similar a un beso infantil. Luego, descaradamente, comenzó a jugar con el lápiz de labios. Lo metía y lo sacaba rítmicamente de su boca simulando una felación. Al hacerlo estalló en una carcajada que a él le pareció soez.

Pedro, avergonzado y molesto, apartó su cara mirando hacia el lado opuesto. Allí un señor vociferaba por su móvil, mientras con su dedo meñique, introducido casi por completo en la nariz, libraba una cruenta batalla. Parecía realizar un gran esfuerzo, pero al final su semblante de satisfacción al extraer una pequeña masa de color marrón verdoso, a la que dirigió una mirada de condescendencia antes de transformarla en una bola y arrojarla lejos, fue digno de elogio.

Siguió buscando algo en lo que entretenerse. No quería volver a mirarla, se sentía burlado y culpable a la vez. No obstante, no podía ocuparse de otra cosa que observarla de reojo, le parecía que ella gesticulaba pero no quería mirar.

La duda comenzó a invadirle, quizás su gracia consistía en la falta de consideración para con ella misma. “Ahora o nunca. No se puede ser siempre un perdedor” -pensó a la vez que comenzaba a oír ruido de bocinas. Volvió a mirarla desesperado. Allí estaba ella, acabando de escribir un número de teléfono con su barra de labios en el cristal lateral de su coche.

El semáforo se había puesto en verde y arreciaban las bocinas. Ella lo miró, bajó sus gafas, le guiñó un ojo y arrancó su potente coche. Él, estupefacto, continuó en el mismo sitio procurando garabatear torpemente unos números en la parte trasera de una de las multas de zona azul que solía guardar como bloc de notas.

—¡Vete a acostarte!

—¡Quítate de ahí, borracho!

Las bocinas iban acompañadas de insultos al ver la cara de tonta felicidad que tenía el conductor, el cual no acertaba a moverse aunque la luz ya hacía rato que estaba en verde. Pedro contaba y volvía a contar, le daba igual lo que sucediera a su alrededor. Suspiró satisfecho, había cogido los nueve dígitos, aunque los zarcillos lo estaban matando y la falda de tul se le había enredado, haciéndole una gran carrera en la media.



PEYRONIE

Las manos sudorosas no hacían sino frotarse una contra la otra, las piernas no paraban quietas más de varios segundos. Inquietud, nerviosismo, hastío. Todo el mundo examinaba de reojo a los demás a sabiendas de que a la vez era examinado. Puestos a suponer, era lo único divertido de la situación. Te podías imaginar mil y una causa por la que cada uno estaba allí, por su apariencia, por su forma de comportarse, por sus silencios.

Las mujeres siempre se lo han tomado de forma más natural, como casi todo en la vida, pero nosotros los hombres lo llevamos peor, mucho peor. Somos tan autosuficientes, tan enteros, que cualquier atisbo de debilidad, de no ser quien controla la situación, hace que tus cimientos se resquebrajen. Las mujeres son más inteligentes que nosotros o, por lo menos, más sinceras consigo mismas sobre lo que realmente quieren y les viene mejor.

Cualquier choque de miradas hace que bajemos los ojos y nos refugiemos en una revista, en el suelo, en las manos. Estábamos huidizos y asustados aunque se intente mantener cierta dignidad y decoro. Nadie habla con nadie, nadie pregunta nada, sólo el sonido de las páginas, una tos o del sillón al cambiar de posición, hace que nos centremos en donde estamos.

Una puerta se abre, una persona sale, todas las miradas se clavan en ella. Atraviesa la sala sin mirar a nadie, la vista fija en el frente con aire marcial atraviesa la sala y se va. El silencio vuelve, aún con más intensidad. Algo lo rompe, una voz pronuncia su nombre, el nombre se levanta, se alisa la camisa, se sube un poco el pantalón, respira hondo y entra.

Nunca había estado en el urólogo, era la primera vez. Estaba realmente preocupado, por qué no decirlo: aterrado.

La historia comienza un poco más atrás. Unos meses antes comencé a notar cambios en mí. Mi pene parecía tener vida propia, notaba algo en él que antes nunca había sentido y eso que llevamos juntos muchos años. Se estaba transformando como un adolescente. Cambiaba y los cambios, aunque sean agradables, al principio asustan pero cuando no lo son, horrorizan. El primer cambio que noté fue un día haciendo el amor con una chica a la que deseaba desde hacía mucho tiempo, uno de tantos sueños irrealizables que de pronto por capricho el destino pone a tu alcance sin más, sin buscarlo, sin ningún esfuerzo, sin milagros. Era ella y no estaba muy seguro de mí mismo, tampoco era el momento de dar marcha atrás, seguro que me lo reprocharía toda la vida y me repetiría hasta la saciedad lo gilipolla que había sido. Dubitativo comencé los preliminares, los juegos, el deseo me fue sirviendo de narcótico y comencé a desinhibirme olvidando todos mis recelos. Me lancé al abismo del sexo.

Todo era maravilloso hasta que comencé a oír algo raro, un crujido. Cada vez que ella gemía, él crujía. Un sonido a madera vieja. Intenté no darle importancia pero fue en aumento a la vez que un cosquilleo me recorría todo el pene desde abajo hacia arriba hasta estallar en el glande. No era un orgasmo, era una sensación desagradable. Me sujeté a los bordes del colchón con ambas manos y continué empujando con fuerzas, intentando no pensar en nada y terminar airosamente la faena. Ella se quedó adormilada cariñosamente sobre mi pecho, no sé si realmente satisfecha o solamente fingiendo su éxtasis y posterior cansancio, ya que ellas juegan con ventaja, pues son capaces de fingir un orgasmo perfectamente, aunque nosotros seamos capaces de fingir relaciones enteras, pero en lo práctico siempre nos superan.

Despacio, sin que ella se diera cuenta, estiraba el cuello con el afán de verlo. Me giré y allí estaba escondiendo en un disfraz de normalidad el pequeño monstruo que había surgido dentro de mí. Ahí, justo en ese momento, comenzó mi particular calvario.

La cosa no quedó así, otros fenómenos continuaron produciéndose, fue mutando a su libre albedrío, comenzó a curvarse, cada día lo miraba y no lo reconocía, oscilaba un poco y un poco más hasta que llegó a convertirse en algo similar a una hoz.

Mi vida sexual siempre estuvo sujeta a vaivenes, a una buena época le sucedía otra mejor para luego ir decayendo hasta tocar fondo y comenzar de nuevo a resurgir: como una montaña rusa. Ahora no tenía, cómo iba a presentarme delante de ninguna mujer, huía de ellas, me mantenía en guardia, apenas salía a la calle. A mis amigos no les había contado nada, podía contarles que tenía un problema de

corazón, que las transaminasas las tenía altas o incluso que la almorraña me estaba matando, pero nunca, jamás, que la polla no me funcionaba correctamente, eso jamás. Los hombres somos, al fin y al cabo, una polla con cuerpo humano anexo.

Después de verme el doctor, de análisis, conjeturas, preguntas, sondeos y consultas, el veredicto fue claro. Mi problema se llamaba La Peyronie. El urólogo era un hombre parco en palabras, me dijo lo que tenía, me recetó una crema y me pidió que volviera en tres meses.

Corrí a casa a encerrarme y poner mi cabeza en orden. Al siguiente día, más calmado recurrí a San Google para aclarar todas mis dudas.

La enfermedad la descubrió por primera vez en 1743 un cirujano francés llamado François de La Peyronie y consiste en una placa o bulto en el tejido de erección del pene que hace que éste se doble al estar en erección. El dolor, si lo hubiere, la curvatura, si fuese excesivamente pronunciada, y la preocupación emocional pueden impedir las relaciones sexuales. Generalmente sana sin tratamiento alguno en unos doce o quince meses, salvo los casos graves en los que hay que recurrir a la cirugía.

Me quedé quieto, muy quieto después de leer esto. Siempre había dicho a todo el que quisiera oírme que toda la energía emana del sexo exclusivamente y que cuando el instinto sexual muere, muere el núcleo de la vida. Ahora no podía volverme atrás, tenía que continuar así que me pesase.

Después de un par de semanas de profunda reflexión, alejamiento de cualquier actividad social y de irnos conociendo e intimando mi nueva polla y yo, me tranquilicé.

Intenté volver a vivir, con miedo, inseguro pero a vivir.

No me encerré y tiré la llave al fondo del océano, continué con mi vida, amortiguada eso sí. Mi situación fue cambiando. Aprendí a situarme en un segundo y hasta en un tercer plano. Pasar inadvertido por las mujeres, protegido y sin dar posibilidad a ningún encuentro que me comprometiera. Al principio funcionó, aprendí que si tú no te haces notar, ellas no te ven. De ahí, supongo, viene lo del exuberante plumaje que despliegan algunas razas de aves machos o las peleas entre viriles jóvenes en casi todas las especies, simplemente exhibición.

Pero no podía durar mucho tiempo, al fin y al cabo, cualquier animal está dispuesto a sacrificar su felicidad, su bienestar, incluso su vida con la esperanza de una relación sexual. Su sistema hormonal, la voluntad de la especie lo empuja a

ello. El hombre sigue siendo un animal y yo seguía siendo un hombre. Caí en una depresión, estaba realmente desconcertado, acabé encerrándome y maldiciendo mi suerte, justo lo que nunca pensé que iba a hacer.

Al igual que en las películas de buenos y malos, siempre hay alguien que rescata al protagonista en el peor de los momentos. Un amigo tenía dos billetes para Senegal que se había agenciado chanchulleando en algún turbio asunto oficial que no viene al caso y, al verme tan hundido, me invitó. Me costó pero al final accedí.

Dakar es espectacular y dantesca, bulliciosa y caótica, colorista y deprimente, alegre y monstruosa. Es África. Pasear por sus calles, pasar unos días allí me hizo sentir mejor. Éramos los únicos blancos en nuestro hotel, nos miraban como a bichos raros y eso creo que me relajó. No fue allí, fue en Saint Louis, una ciudad al norte del país, situada en una estrecha isla en el río Senegal, un río de color indefinible. Antiguo lugar de comercio de esclavos, una vieja ciudad colonial unida por el puente Faidherbe; se comentaba por allí que había sido construido con el material sobrante de la parisina torre Eiffel. Un sitio bonito, rebosante de vitalidad, agradable, sucio, lleno de niños aparentemente felices y de preciosas casas que se mantenían en pie gracias a algún conjuro. Allí fue donde mi vida cambió por completo.

Borracho de whisky malo y caldeado (no le poníamos hielo por el miedo a que el agua, al no ser embotellada, nos provocara diarreas; aunque a partir del cuarto o el quinto ya perdíamos cualquier temor) y ciego de hierba, dejé que el deseo, loco deseo de volver a estar con una mujer a pesar de mis conocidas disfunciones, volviera a surgir en toda su grandeza. Aquí, tan lejos de todo y de todos, nadie se iba a enterar. Ella se reiría, yo me liberaba, ya me humillaría más tarde recordándolo pero ahora tenía que vivirlo.

Al principio no quise pensar en nada, dejarlo transcurrir y estar atento a las reacciones de ella. Un poco sorprendida se mostró de entrada pero muy educada no hizo el menor comentario, aunque hubiese sido igual ya que no entiendo nada de francés y mucho menos de wolof, la lengua que usa la mayor parte de la gente en este país. Cada vez me iba cohibiendo más y ya estaba a punto de abandonar cuando ella comenzó a jadear de manera cada vez más ostensible hasta convertir sus movimientos al principio rítmicos en un desenfrenado baile, agarrándome fuertemente del culo para así no darme opción a la retirada.

Convulsiones, saltos, gritos dejaron lugar a una especie de éxtasis, los ojos en blanco, el rostro desencajado, lívido y algo similar a una sonrisa o mueca bordeando sus labios. En cuanto sus manos dejaron de aprisionarme, salté rápidamente hacia un lado de la cama. Me senté asustado lo más lejos de ella que

pude en aquella angosta cama de hotel barato. Pensé en epilepsia, pensé en vudú, pero no pude pensar más porque mi amigo entró atropellado en la habitación al oír el escándalo que se había formado. Se quedó quieto en medio de la habitación contemplando la escena.

—¿Qué hiciste? —acertó a decir, después de unos segundos.

—Follármela. Te lo juro solo follármela —respondí en voz baja.

No sabíamos qué hacer cuando de pronto ella se abalanzó sobre mí besándome y abrazándome.

—Merci, merci —no paraba de repetir.

No entendimos nada, pero con la ayuda de un señor que inexplicablemente apareció de la nada como en un embrujo, conseguimos aclararlo. Era un tipo alto, con la vida dibujada en cada una de sus innumerables arrugas y un marcado acento canario. Llevaba años deambulando por África hasta acabar trabajando de palanganero en un burdel cercano. Se interesó por lo que sucedía y después de hablar un buen rato fue capaz de explicarnos las causas del comportamiento de la chica, sin embargo para lograrlo me estuvo sonsacando información que no de muy buena gana le fui proporcionando.

La chica había alcanzado el mayor orgasmo que mujer alguna puede soñar. Lo había alcanzado, según me explicó mi amigo el palanganero, muy ducho en esta tipo de temas, debido al grado de curvatura que mi nueva polla había alcanzado. Ésta era capaz de llegar a sitios insospechados e inexplorados de la naturaleza femenina. Para llegar a esa conclusión tuve que enseñarla en doble versión: flácida y erecta. Fue bastante embarazoso comprobar la actitud entre burlesca y envidiosa de mi amigo que contrastaba con la del palanganero profundamente científica y erudita. Nos contó que las putas de Dakar le habían hablado de algunos casos parecidos, aunque poco frecuentes. El señor se despidió no sin antes advertirme que mi nuevo don podía ser una bendición o un tormento y que sólo de mí dependía que fuese una cosa u otra. Sabio, muy sabio, dueño de una sabiduría natural que seguro habría adquirido al estar mucho tiempo en contacto con los más primarios instintos del ser humano.

Una vez vistos en esta tesitura, tuve que contarle a mi amigo el resto de la historia desde el principio, omitiendo algunos detalles escabrosos como el nombre de la chica con la que descubrí “mis poderes”, ya que ella era una de sus ex y siempre jode que un amigo conozca lo que él ya conocía.

No sabía si estar contento, preocupado o qué pensar, lo mejor era dejarlo correr y que pasara lo que tuviese que pasar. Al siguiente día cenamos en un pequeño restaurante local y, como era nuestra última noche, salimos a tomarnos unas copas.

Era una especie de discoteca aunque no exactamente como las que acostumbramos en Occidente, donde los únicos que estábamos en la barra éramos nosotros, el resto se amontonaba en la pista. En Saint Louis no había muchos turistas o viajeros, como a algunos pedantes les gusta llamarse para no sentirse incluidos, aunque la semántica los desenmascara. En aquel lugar sólo estábamos los dos, algo que no siempre va incluido en los viajes exóticos.

Ella entró, se fue a la pista con todos a bailar hasta que nos vio. A gritos, fue llamando a sus amigas, y sus amigas a otras amigas. Todas gritaban, saltaban y se reían. En tropel fueron hacia nosotros, me agarraban, me besaban, tiraban de mi ropa, me metían mano por cualquier sitio. Salimos corriendo a duras penas hacia el hotel que no estaba muy lejos, pero ellas corrían más que nosotros. O eran otras porque al llegar a la puerta ya estaban allí majestuosas, bellas, lujuriosas. Mi amigo, que siempre logra sacar partido de todo, tuvo una idea. Las tranquilizó, llamó al conserje que a duras penas nos sirvió de intérprete y como pudo llegó a un acuerdo.

—Pueden subir de cuatro en cuatro —le oí decir muy seguro.

—¡De cuatro en cuatro! ¡Coño, estás loco! —grité asustado.

—Siempre he querido hacer un trío con dos tías y tú me has dicho mil veces que también, así que no jodas que esto pasa una sola vez en la vida.

—Vale, las primeras cuatro vale, pero y las siguientes cuatro, y las siguientes y las otras...

—Tranquilo, que está controlado. Entramos con cuatro y después el conserje llama a la policía para que desalojen. Así que elige con cuidado porque no hay más.

—Espabilado...

Subieron las cuatro chicas. Gritos, espasmos, convulsiones, ojos en blanco, desmayos. El placer sexual es no sólo superior a todos los demás placeres de la vida. También es el único que no va acompañado de ningún daño para el organismo sino que al contrario contribuye a mantener su máximo nivel de fuerza y vitalidad. En realidad es el único placer y el único objetivo de la existencia humana. Pero también es verdad que todo exceso es desaconsejable aunque este exceso sea follar. De un día para otro cumplí la promesa de que todo lo que una persona pueda imaginar, otra lo podrá hacer realidad. Desde luego yo no pensé nunca estar en la segunda parte de la frase.

Regresamos de Senegal. Yo aturdido ante mi nueva situación. Y mi amigo exultante. Le faltó tiempo para pregonar mis hazañas a los cuatro vientos. Lo supe enseguida al notar la mirada de mis amigas, de mis compañeras de trabajo, de todas las féminas menores de setenta años que habitaban en mi modesto universo. La voz se corrió tan deprisa y con tanta intensidad que pronto comencé a sentirme acorralado.

Quería controlar la situación y no dar pie a comentarios de primera mano, así que durante unos días opté por una aplicada abstinencia que se fue al traste más pronto de lo que suponía. Un día, para ser más concreto, una noche, fuimos al velatorio del padre de una amiga. Todo el mundo se agrupaba en corrillos cuchicheando de los demás. Los había que lloraban de risa debido a los chistes que alguien les contaba, sólo los grupos en los que había un familiar cercano del finado parecían mantener cierta compostura. Mari, hija del difunto y amiga mía, estaba muy afectada. Se acercó. Me sujetó del brazo y, después de un largo silencio, me pidió que la acompañara a hacer café en una pequeña habitación contigua. Al llegar, cerró la puerta con disimulo y, agarrándome de los hombros y mirándome fijamente a los ojos, me preguntó si era verdad lo que se comentaba. Una mujer que clava su mirada tan decidida en mí me desarma sin remisión.

Asentí, primero tímido. Ella sonrió. Luego yo respondí decidido. Sus ojos brillaron. Demasiado tarde. Me apretó hacia ella con fuerza. Con una agilidad y fiereza sorprendente, desgarró su ropa y la mía sin darme tiempo a sujetar sus manos. No pude impedirlo y la cafetera fue testigo de que al principio me opuse pero luego me dejé llevar y acabé uniéndome cohibido, pero dispuesto a no acrecentar su pena. El sigilo con el que comenzamos a hacer el amor, pronto se convirtió en espasmos, convulsiones, ojos en blanco... Su madre, al oír el alboroto, entró y al ver la cara de su hija sumida en un profundo éxtasis místico unido a algún comentario que habría escuchado, se subió la falda, se arrancó la faja y allí mismo unió su alma con la de su hija como cuando ambas pertenecían a un mismo ser. En el pequeño habitáculo me follaron como locas aquellas dos mujeres a pesar o debido al amargo trance por el que estaban pasando, descubriendo que entre el dolor y el gozo hay solo un delgado alambre.

Acabaron sacándome entre varios ante el cariz que iba tomando el asunto. Hordas de hermanas, tías, cuñadas, hijas políticas, más tarde me comentaron que hasta la abuela materna, se amontonaban en la sala mortuoria intentando entrar. Una avalancha de bragas y sujetadores agitados a manera de pendones y estandartes de guerra nos persiguió a mí y mis salvadores hasta que lograron introducirme en un coche para salir en estampida.

Es curioso, en todas las especies la hembra sólo es atractiva y atrayente para los machos en su época de celo. La mujer es extraordinaria, es atractiva y atrayente siempre, incluso cuando ya no puede o no quiere procrear.

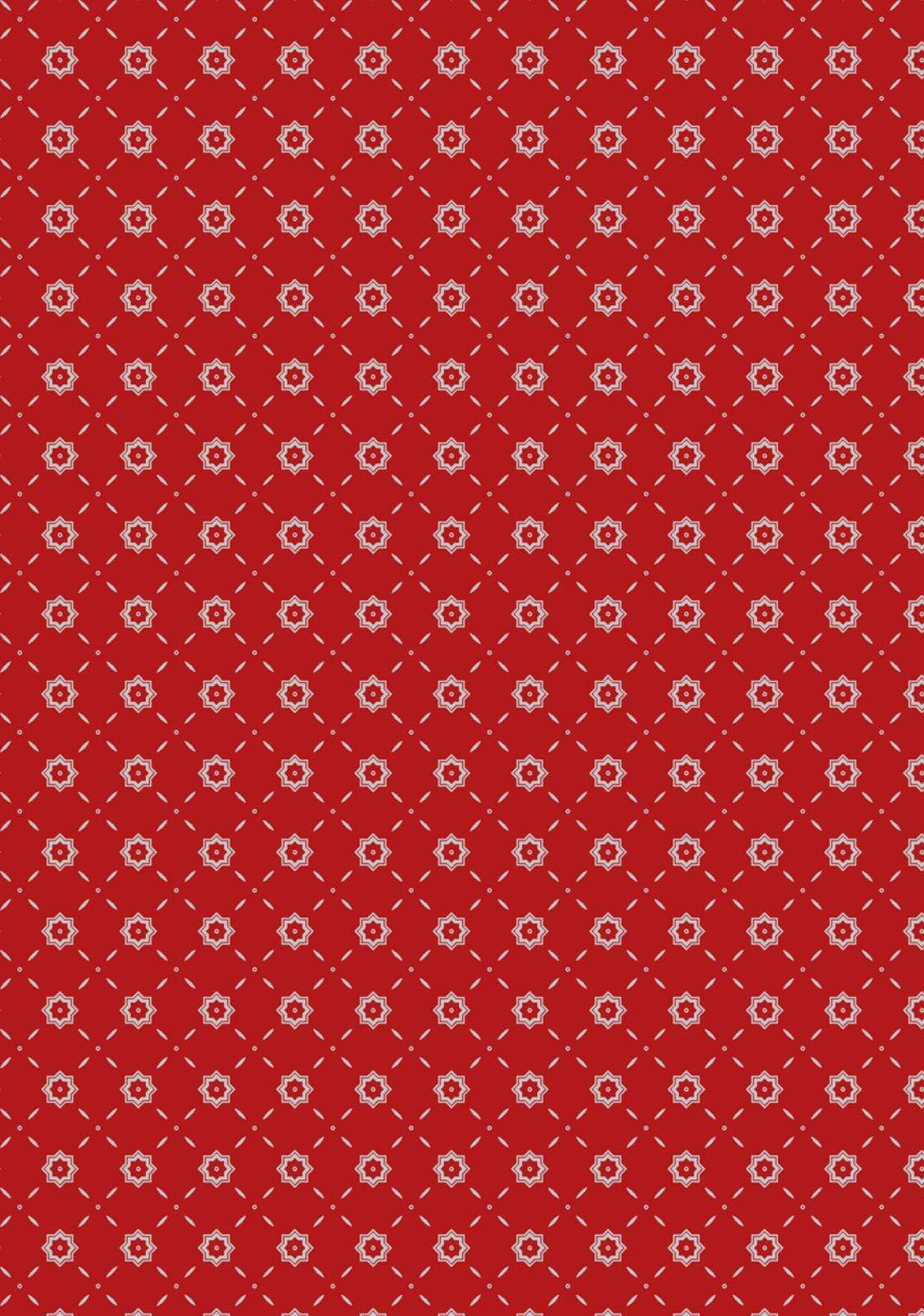
Caí, a raíz de este incidente, en una espiral de sexo a todas horas. Aproveché mis nuevas dotes para saciar mi ego, casi muero de éxito, me faltó poco para convertirme en un espécimen de chulanga *lasmujereslasusoamiantojo*, cuyo máximo exponente es cualquier cantante de cierta fama o el guapetón dueño de bar de moda.

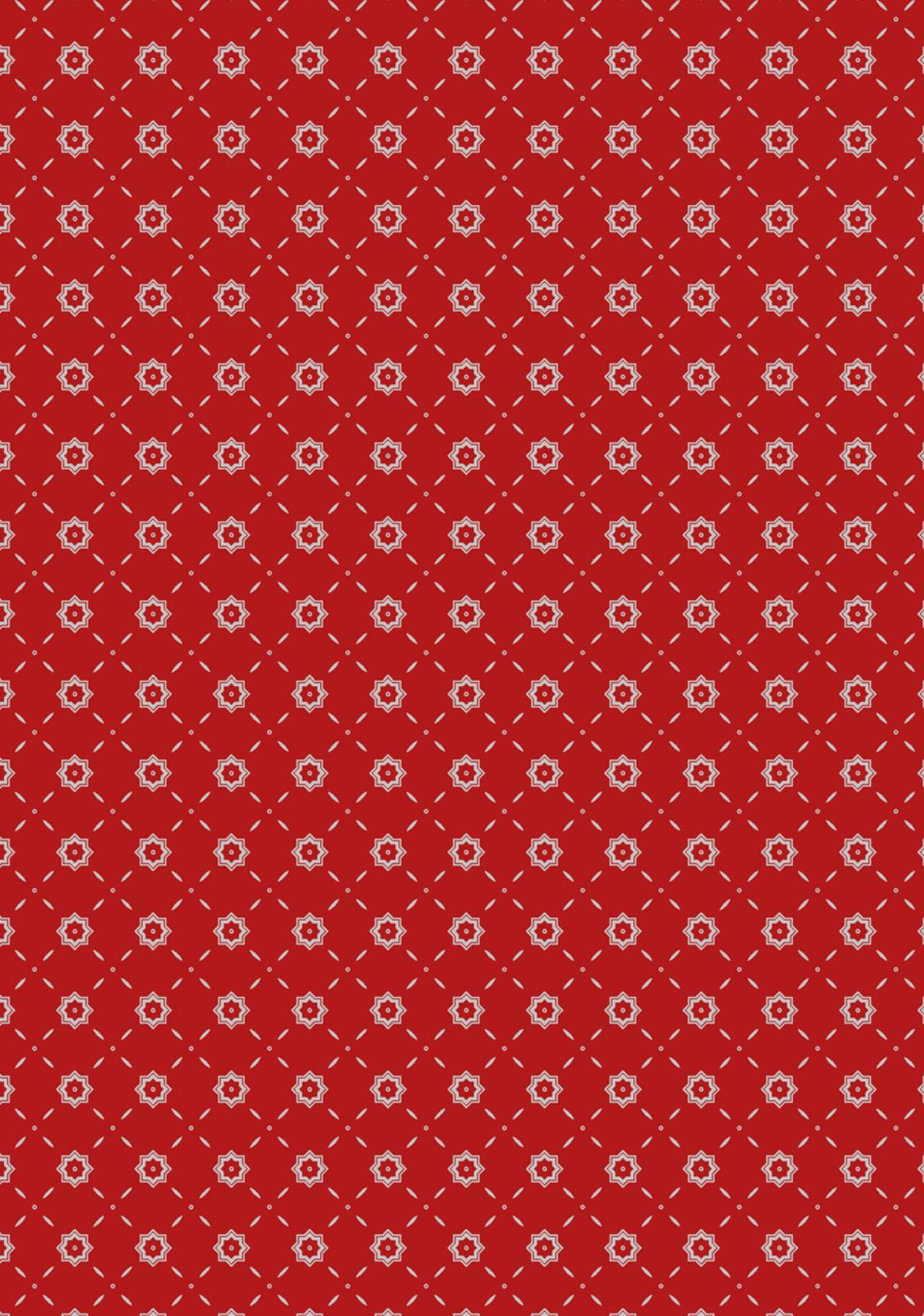
Estuve a punto de ser malo, pero ser malo presupone una determinación moral, intención y cierta inteligencia. Ser imbécil es más fácil ya que no hay que pararse a pensar ni a razonar. Actúa por instinto, convencido de hacer lo correcto y orgulloso de molestar a todo aquél que note diferente. Ser imbécil no me gustaba. Prefería a los malos pero no llegué a encumbrarme en su categoría, al final sólo alcancé el rango de gilipollas.

Para acabar con todo aquello me retiré, hui a un recóndito lugar. Me perdonarán que no dé ninguna pista de dónde me encuentro para evitar posibles arrebatos de lujuria y posteriores aglomeraciones de fêmeas. Un sitio aislado y tranquilo, aquí cuento los días esperando que mi polla recobre su antigua fisonomía y mi vida vuelva a ser la que fue. Para poder soportar la espera viajo de cuando en cuando a lugares donde la belleza y el placer abren las puertas como mejor tarjeta de recomendación, como llave maestra. Lugares a los que no puedo volver por razones obvias de popularidad.

No sé si esperaré mucho o poco, no sé incluso si algún día esto terminará. Nada depende de mí y poco puedo hacer más que intentar evadirme. Al fin y al cabo hay que entender que los regalos se hacen por gusto del que regala, no por los méritos del que recibe.

Lanzarote
2016





Somos nuestro centro del mundo, los lugares y las personas existen sólo cuando estamos en contacto con ellos. Cuando nos vamos de un lugar, entonces éste deja de existir; cuando llegamos a otro nuevo, no ha existido hasta que arribamos y si partimos sigue existiendo sólo el recuerdo que de él tenemos; lo que conocimos, no lo que hoy es.

Javier Ramón
Como un gallo.



CABILDO DE LANZAROTE



CULTURA LANZAROTE



EL ALMACÉN